

LA ILUSTRACION SUD-AMERICANA

PERIODICO ILUSTRADO DE LAS REPUBLICAS SUD-AMERICANAS

5º AÑO

Nº 101

DIRECTOR
RAFAEL J. CONTELL

BUENOS AIRES, MARZO 1.º DE 1897
FUNDADORES—R. J. CONTELL y F. M. CONTE

REDACTOR EN JEFE
RAMON M. DE IRIBAS



Carnaval de Buenos Aires — EN EL "CLUB DEL PROGRESO" — Dibujo de R. J. C. — Grabado por A. Barceló.

LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA

PERIÓDICO ILUSTRADO

DE LAS

Repúblicas Sud-Americanas

FUNDADO EN 1892

EL MÁS PERFECTO EN TODO SUD-AMÉRICA

EDICION ARGENTINA

24 PAGINAS

APARECE LOS DÍAS 1º Y 16 DE CADA MES

EDICION URUGUAYA

24 PAGINAS

APARECE EN MONTEVIDEO LOS DÍAS 5 Y 20 DE CADA MES

PRECIO DE SUSCRIPCION
(PAGO ADELANTADO)

CAPITAL	Año.....	\$ m/n	18.-
	Semestre.....		9.-
	Trimestre.....		5.-
INTERIOR	Año.....		20.-
	Semestre.....		10.-
	Trimestre.....		5.50
EXTERIOR	Año.....	\$ oro	9.-
CHILE y URUGUAY...			8.-

NÚMERO SUELTO \$ 1.25 m/n.

• ATRASADO • 1.50 •

TOMOS ENCUADERNADOS
DE LOS AÑOS 1893, 1894, 1895 Y 1896
\$ m/n 30 CADA UNO

Cosas y Quisicosas



Retozona alegría resplandece en todos los rostros. ¿Qué es ello? ¿Se acabaron las inquietudes del porvenir y las angustias del presente? ¿Hemos olvidado las amargas heces del dolor pasado? Si es... el carnaval que pasa.

Estamos libres de trabas; hemos roto las ligaduras sociales, y retorcido la memoria hasta perder el recuerdo de las sangrientas luchas por la vida; y, al alegre son de músicas y cantos báquicos, proclamamos nuestra absoluta emancipación, con un antifaz en la cara.

No nos conocemos; ya no hay afectos que encadenen y esclavicen nuestro corazón; no sucumbe nuestra mente, por el momento, a la tiranía de la verdad y de la lógica; no nos circunda, en

estos días de jovial expansión, el apretado lazo de obligaciones y deberes tradicionales. ¡Ya no somos esclavos! Por eso preguntamos, con la voz ahuecada, a través de la careta: ¿Me conoces?

La gente se divierte, y en esa muchedumbre irresponsable, pierde el hombre la posesión de sí mismo. Solo, rechaza toda extralimitación; en compañía, lleva la perversidad ó la locura, á grados extremos.

El hombre, separado de su conciencia: he aquí la multitud; retenido por el freno de su razón y sujeto á la ley, he aquí el hombre con su genuina representación en la sociedad.

Y nace de los obstáculos, la resistencia; de la impotencia, las argucias del ingenio, y sustitúyense á la franqueza y sinceridad, la frase galante, el concepto urbano y cortés, la doblez, en suma, que demuestran

que vivimos socialmente
en perpetua mascarada.

¿No estamos en carácter? El perpetuo carnaval de la vida, nos convence de nuestra esclavitud en medio de la libérrima emancipación, que para halagar nuestros siempre infantiles oídos, proclamamos. Y extendiendo la esfera de nuestras teo-

rias, cediendo el terreno á regañadientes, vemos que, siguiendo nuestro ejemplo, esa emancipación es cantada en todos los tonos por la mujer moderna.

¿Nos oponemos? Es delito de lesa galantería. ¿Facilitamos la genuina expresión del sentir femenino de estos tiempos? Es un delito contra la lógica y el buen sentido. Veamos.

Hasta ahora hemos protegido á la mujer. ¿Por qué? Por un extraño derecho que la concedemos: el derecho de su debilidad.

Pero tiene fuerza é inteligencia; luego, debe trabajar y desarrollar sus estudios ¿Quién se opone? Los hijos, porque la llaman madre, y la constriñen á otros deberes; los maridos y los padres, porque la sujetan á las obligaciones de esposa ó de hija, bajo sus tutelas respectivas.

¿Cómo se orillan tantas dificultades? Librando á la mujer de tantas sujeciones; y sin madres, sin esposas y sin hijas, detendrá la especie humana la marcha majestuosa que, apoyándose en la familia, sigue en los siglos amontonados de su agitada historia.

La mujer hecha hombre, equiparada en derechos civiles y políticos á su eterno tirano, *haciéndonos competencia* en la lucha por la vida... ¡he aquí el progreso!

¿No es esta una pesadísima broma de carnaval? Y sin embargo, se formula con la mayor seriedad por los hombres graves de la raza más práctica, más positiva, más sesuda, según el decir á la moda: la raza sajona.

Como de lo ilusorio pasamos á lo real, en el eterno juego de nuestros tanteos y vacilaciones, llegaremos también á dudar de las *locuras* de estos días, al meditar en la insensatez de una tradición pagana, que nos hace olvidar el fruto cosechado por la experiencia, en sus amargas páginas.

Pero los hechos hablarán, ahuyentando nuestras fantásticas visiones: y en la grave meditación, en tristes horas, sobre el *placer perdido*, el organismo, quebrantado por los excesos; la mente, confusa ante la exactitud matemática de los principios morales que nos fustigan; la conciencia, encogida por la multiplicación de los acusadores, clamarán por la *panacea* maravillosa contra tantos males y torpezas.

Y en nuestra ineptitud, buscando un nombre á la causa de tanto desvario, al origen y fuente de tamaños desatinos, exclamaremos: ¡desbordes de las pasiones! Promesas y proyectos penitentes, cándida expresión de una voluntad débil y miserable, cubrirá la memoria tristísima de los desaciertos de la juventud. El médico del alma ha cumplido su misión: ahora, el del cuerpo, quien en la farmacopea maravillosa del siglo, señalará una receta, y con un título escogido al azar en el inventario de las enfermedades conocidas, dará nombre á los achaques de la debilidad.

La pasión ha matado á mucha gente;
pero el siglo es burlón, amiga Rosa,
y á los que caen, en tierra, indiferente.
Viene luego una ciencia incompetente
y dice que se ha muerto de otra cosa.

Todos condenan el egoísmo de la sociedad: frases brillantes, discursos pomposos, retórica propaganda en libros, revistas y diarios, que olvidan lo predicado ayer, lo sostenido hoy, lo preceptuado para mañana, (en otro orden de ideas), heridos por la indiferencia humana.

En el *orden social*, según reglas y usos establecidos por la moda, se predica el aislamiento y se ensalza la tranquila placidez de esta *soledad en compañía*, que estatuyen los más rigurosos preceptos de la etiqueta.

Nada debe importarnos lo que el vecino de nuestra morada hace, y está *mal visto* aquel que se entromete donde... no le llaman. Lo verdaderamente culto y *chic*, según la «última fórmula parisien», es, no sólo la falta de relaciones con el vecino, sino el ignorar el santo de su nombre, y suprimir saludos inconvenientes, no mirarlo ni á la cara, si con él se tropieza en la escalera de su propia casa.

Envueltos en esta capa de egoísmo social, iremos caminando hacia el seguro rumbo de un aislamiento absoluto, y extendiendo nuestras miradas indiferentes por el campo mal espiado de la vida pública, pasaremos altivos y despreocupados en medio de las más graves cuestiones de la política.

No de otro modo se explica el contagio egoísta, que parece dilatar sus innumerables brazos por la opinión del pueblo argentino. Lo que se ha dado en llamar *conflictos militares*, dando lugar á renunciaciones, protestas, y sendos artículos en nuestros grandes diarios, se ha perdido entre el bullicio de las gentes que organizaban sus preparativos para el carnaval.

Sin embargo, en medio de esa agitación juvenil, que respira jovialidad y da la nota placentera entre tantos afanes dolorosos, hay un fondo de buen sentido, que comprende el tardo paso de toda innovación, justificando la sentencia de Lockroy: «En el órden político, así como en el administrativo, las reformas se obtienen mediante el esfuerzo, continuo, lento, obstinado».

Y reservando sus expansiones más gratas, y sus

afectos más sinceros para el momento preciso, ese pueblo, cariñoso, leal y niño, ha despedido á la *juventud de 20 años*, que con el airoso uniforme de guardia nacional, marcha al campamento de Dennehy, á prestar su tributo de la paz á la patria, con el corazón abierto á todos los entusiasmos, y quejoso de ver alejarse en estos días de fiestas y diversiones á la mocedad, que todo lo anima y da notas de color y alegría á la populosa capital bonaerense.

Otra juventud, risueña también, y en los albores de la adolescencia, festeja en estos días el resultado próspero de los segundos exámenes que les dan certificado de aptitud para cursar estudios superiores.

No faltan en estas *primicias* de la vida, fracasos inesperados y éxitos infelicitosos, y á los tales se refiere el siguiente exámen de química: —Está Vd. muy flojo, y vamos á ver: diga Vd. lo que quiera de la asignatura.

—La cuestión es, que el libro de texto no trata de nada.

—¿Cómo que no?

—He leído en el índice, *ni trato* de cobre, *ni trato* de plata, *ni trato* de plomo....

La vida es lucha y.... da patente para todos los empleos, el combate de la vida.

En un circo ecuestre se presenta un individuo, con objeto de que le contraten en clase de atleta.

—¿Ha luchado Vd. ya?—le pregunta el director.

—Sí, señor; mucho.

—¿Dónde?

—En todas partes.

—¿Y con quién?

—¡Con la miseria!

MARINO BRAIS.



LO MISMO

Dos semillas agitadas
por un céfiro suave,
vagaban por el espacio
en una apacible tarde.

Cayó en un campo la una,
y hoy es palmera gigante;
otra cayó sobre un risco,
y allí murió, y allí yace.

Mi corazón es el campo
en donde nació tu imagen;
tu corazón es el risco
en donde la mía yace.

CONSTANTINO GIL.

EL DE LA MONTAÑA VERDE

Lo que paso á referir á mis lectores se funda en el testimonio verídico de un personaje notable, como lo fué el general don Gerardo Barrios, presidente de la vecina república del Salvador.

Cuando este mandatario visitó Guatemala, en diciembre de 1860, contó, en reunión de amigos, refiriéndose á ciertas tretas de que se valen los gobiernos ó los gobernantes para salirse con la suya, el episodio siguiente:

Manejaba el barco del Estado de Honduras, el ciudadano Juan Lindo, sujeto bien conocido por estas tierras, con motivo de haber sido uno de los miembros de la asamblea nacional constituyente.

Algunos subterfugios hubo de aprender en política centro-americana y local; pero buena maña se dió para guardarios en la más estudiada reserva, á fin de que alcanzaran el mejor efecto, en su debida oportunidad.

Por términos de aquella República, vivía un paisano nuestro, licenciado en derecho, hombre inteligente, de fácil palabra y carácter entero; el cual cultivaba con Lindo tan buenas relaciones, que éste dispuso mandarlo elegir, *popularmente*, diputado á la asamblea.

Qué *gatos encerrados* descubrió el *chapín*, y qué desavenencias provocó Belcebú entre los dos amigos, sépalo Judas; pero es lo cierto que los ánimos de ambos se agriaron y el representante *popular* emplazó al mandatario, como los hermanos Carvajal á Fernando IV, para las sesiones del cuerpo legislativo.

Como Lindo comprendiera con qué clase de hombre iba á tenerlas, y que las asambleas pueden ser, á las veces, otra pena de Martos, llamó en su auxilio á la cuadrilla entera, ó sea un gran número de padres conscriptos, elegidos

de tan libre y espontáneo modo, como nuestro paisano, que de eterna paz disfrute.

Y el caso no era para menos, porque si bien la mayoría de los diputados entendía de labores campestres, de la crianza de buenos ganados, del laboreo de algunas minas, nada les constaba de asuntos políticos ni administrativos, en los cuales el *chapín* era terrible.

A poco de inauguradas las sesiones, el *opositor* pidió la palabra a fin de enderezar su primer filípica al ciudadano Lindo, por varios actos oficiales, irregulares, que llamó *linduras*; y nosotros calificaremos de mal crónico, incurable, por cuanto los hemos visto repetirse en mejor ó peor forma y ocasión.

La palabra fácil y elocuente del orador, causó efecto entre sus colegas y el público, y cuando había llegado a la parte más interesante, la de las conclusiones lógicas y rotundas, entonces de una silla curul, salió una voz parecida al lamento de un fígle metálico, averiado; y esa voz dijo:

—Pido la palabra para el orden.

Todos se volvieron hacia el lugar y vieron levantarse a un diputado de edad madura, ex-maestro de escuela, flaco y amarillento, poseedor de regular *güegüecho* y de una extraña montera de color verde obscuro.

—He pedido la palabra—dijo el tal—porque el señor se sale del asunto y viola la Constitución.

—Niego en redondo—contestó el otro—y espero que se comprueben esas afirmaciones.

—Por complacer a Vd.—dijo aquel—que resuelva la Cámara si se lee ó no la Constitución; y cuando convenga, yo indicaré.

Aunque el orador protestó en firme, la respetable Asamblea acordó la lectura pedida; y cuando se había perdido un buen rato—¡Basta!—interrumpió el de la montera: creo que todavía no se ha salido mi colega en la diputación.

Volvió pues, el orador, a reanudar el hilo de su discurso, y bien pronto recobró el dominio que antes ejerciera sobre todos. El público escuchaba embelesado, como se escuchan todos los ataques é indirectas que se hacen a los que mandan. Estaba a punto de estallar un mercedo, ruidoso y general aplauso, cuando... el hombre de la montera repitió:

—Pido la palabra para el orden; que esta vez si se ha violado la Constitución.

Nuestro paisano, ciego de coraje, puso cual no digan dueñas al *güegüecho*, gubernista, impudente; y sostuvo con energía su causa; pero como el vejete aquel era nada menos que el de la *campanilla*, la cámara ordenó nueva lectura de la Carta, y aun no terminada, dispuso levantar la sesión.

En tres ó cuatro juntas más, se repitió la misma, la mismísima escena: el de la montera verde llevaba la consigna oficial, y la lucha era imposible y de desesperar. A la décima interrupción, el diputado guatemalteco-hondureño, dispuso retirarse; pero antes soltó a sus colegas gordas verdades de Pero Grullo, y a Lindo las que merecía por su proceder.

En cuanto al *monterudo*, fué cogido con el ímpetu de un toro de Veraguas, y de nada valieron los *capotes oficiales*, por que oyó su caricatura a voz en cuello, y en cuenta estos conceptos que casi lo hicieron desmayarse: «No me extraña su conducta indigna, porque es Vd. un instrumento ridículo y servil; y menos me puede extrañar, cuando lo que Vd. lleva bajo la barba tiene que hacerle operación.»

Jáuregui, que era el apellido de nuestro paisano, se retiró de la asamblea con ánimo de volverse a Guatemala. Lindo quiso hacer las paces; pero él le dijo que no era posible seguir con un cargo enojoso, por cuanto había de por medio *monteras verdes*, que significaban el servilismo burdo y además la mala fe.

Ahora bien, lectores, ¿cuántos de montera verde ó roja hemos visto nosotros, años después, dentro y fuera de nuestros cuerpos legisladores, por causa de soñadas y exageradas violaciones de la Carta? ¿Cuántos diputados de montera oficial, han interrumpido a la reducida, casi nula oposición, cuando se trata de asuntos de general interés?

El representante antigubernista que declama contra un acto irregular, no es raro que sea tildado de violador, y el empleado público que visita los templos, por que convida a las exequias y entierro de un colega ó asiste a otras ceremonias de esta clase, también, resulta calificado y motejado, por los intolerantes, de enemigo nato de la dichosa y caca-reada Constitución.

Ejemplos de esta clase pudieran citarse, entre ellos el de un decano que, en años anteriores, cometió el atentado de invitar para las ceremonias fúnebres de un alto empleado de la nación. En cambio, nadie chistaba, y si aplaudía, cuando el general Barrios, en un rato de humor, concurría a la iglesia catedral.

Pero lo curioso del asunto es, que cuando la ley suprema recibe atropello magno, son muchos los que callan y aun aceptan el desaguisado, y no hay uno de los de montera que, por las minas de California, se atreva a decir tus ni mus.

Convengamos, por lo tanto, en que los *monterudos* en todo tiempo y lugar, han sido y serán una verdadera y pública calamidad.

RADAMÉS.

Guatemala, 1897.

LA PESTE BUBÓNICA

I

HACEN muy bien los gobiernos de Europa en mirar con alarma la epidemia que castiga a la ciudad de Bombay; y procederán, asimismo, como hombres prudentes y advertidos, todos los médicos de autoridad que exciten, en sus respectivas naciones, el celo de aquéllos, para que se opongan con cuantas medidas sean posibles a que haga su invasión en Europa. Por mucho que creamos en la eficacia de la higiene nacional é internacional; por mucho que los experimentos y doctrinas de la medicina actual prometan, y por más que haga largos años que nuestro continente no ha padecido de esas asoladoras invasiones de la peste, que durante numerosos siglos le mantuvieron despoblado y miserable, sin embargo, en cuanto el germen productor de esta enfermedad se reanima en aquellas comarcas de Oriente, donde es endémica, aprieta en sus invasiones, adquiere carácter epidémico, y se dispone a viajar y a recorrer pueblos, todos, todos los del mundo que alguna vez, en su larga historia, han pagado la espantable contribución que impone tan antiguo mal, deben sacudir su pereza, recordar lo pasado, temer la posibilidad de aquellos mismos estragos, cuyas descripciones mueven a espanto al ánimo mas indiferente y atrevido, y evitar, con todas las energías y desconfianzas posibles, su arribo y difusión, porque en la aterradora crónica de las epidemias humanas, nada hay que se pueda comparar a ésta. Importa mirarla como al más implacable enemigo de la humanidad, que si ha dormido años y años en su nativo suelo, y sólo algunos desprecios presenta de cuando en cuando, sin que tengamos perfecto y seguro conocimiento del por qué este benéfico sopor suyo, puede despertar, erguirse, y emprender fiero, asolador, terrible, como nada hay conocido ni existente, sus antiguas peregrinaciones por el mundo, sin que logren atajarle el paso, ni aminorar sus efectos, todos esos recursos de la higiene y de la medicina con que ahora nos envanecemos, y que, allá en nuestros pobres y candorosos entusiasmos, creemos pueden desafiar las violencias apocalípticas de la enfermedad.

Por esto, repetimos, hacen muy bien: el gobierno austriaco, en invitar a una conferencia sanitaria internacional, la cual debe reunirse pronto, muy pronto, en Venecia ó en cualquiera otra población, para acordar medidas de conjunto; el gobierno alemán en vigilar severamente las procedencias de la India y del golfo Pérsico, para imponerles rigurosas cuarentenas antes de que desembarquen en sus puertos; el gobierno francés en contener, y, si posible le fuera, evitar las peregrinaciones religiosas a la Meca, por lo que puedan importar de Oriente a Occidente; el gobierno inglés en reducir un poco la excesiva confianza que le inspiran sus defensas sanitarias y sus recursos económicos, por si la fuerza del implacable monstruo las convirtiera en despreciables, y también en mantener a raya las demasías y temeridades del comercio, por si de ellas resultara un negocio desastroso; como hacen bien, de su parte, los médicos alemanes en manifestar verdad tan clara cual la de que Europa debe de mirar con desconfianza el crecimiento que la epidemia adquiere en la India; y hace asimismo bien Brouardel en pedir al Instituto Pasteur que se aperceba a preparar toneladas de suero antipestoso, por si estos miserables recursos y risueñas esperanzas de la ciencia de los laboratorios, pueden servir de algo en caso necesario, ó cuando menos pueden ser base de algún lucrativo consumo, bien con el suero de Jersin, ó con cualquiera otro de los muchos que saldrán al reclamo, si la necesidad aprieta.

La razón principal que nos debe llevar a la previsión es la de que, si bien es verdad que en medicina, como en biología, las especies morbosas que han desaparecido no deben ser ya temidas, como no lo son las especies orgánicas antediluvianas, hay que advertir que la peste no ha desaparecido del mundo, y que si desconocemos en buena ciencia las causas por que han cesado sus correrías por Europa, pueden reaparecer aquéllas otra vez y pueden sobrevenir sus efectos. En biología se sabe que aparecen, desaparecen y vuelven a aparecer órganos en los individuos, y hasta variedades de estos individuos dentro de las especies, según cambian las circunstancias de relaciones externas que sobre ellos influyen; y todavía, con ser desfavorable el principio, es lo peor de su enunciado, en el desarrollo de las enfermedades públicas, que nuestra pedantería, con ser mucha, no llega al extremo de pretender que hemos inquirido las causas fundamentales de las epidemias todas, cuanto menos la de la peste, que es la más desconocida, por lo mismo que habiendo sido la menos padecida en Europa y América, en el siglo XIX, ha sido lo menos estudiada por nuestras modernas investigaciones.

¡Y cuidado con lo que interesa la tal enfermedad! Hay que recordar lo que ha sido en los pasados siglos, para comprender lo que amenaza, y todavía puede ser, si no se la combate con mano fuerte.

II

Los orígenes históricos de la peste aparecen en la antigua civilización caldea, entre los ríos Tigris y Eufrates, donde la adquirieron los egipcios, cuando realizaron sus invasiones en este imperio, llevándola a su país en unión del botín, para que allí tomara carta de naturaleza, por lo cual se la conoce también con el nombre de peste egipcia. Una epidemia terrible diezmó al Egipto durante el período menfítico de las primeras dinastías, bajo Semempsés, y por ser poderosas y generales, a la sazón, las relaciones del admirable imperio, se propagó el mal por toda la región oriental del Mediterráneo, formando un círculo, cuyo centro era la Siria.

¿Quién sería capaz de referir, y cuántos tomos serían necesarios para lograrlo, las invasiones que desde entonces ha hecho? La grande, la famosa peste de Atenas, que ha descrito Tucídides y en la cual pereció el glorioso Pericles, es la primera que se sabe haya padecido Europa. Por curioso y por su interesante moraleja, recordaremos un episodio acerca de esta invasión, la cual tuvo su origen por el ejército persa. Las guerras médicas habían concluido ya. Grecia había destruido en Salamina la escuadra de Jerges, cuyos soldados se reclutaban en el vastísimo territorio que llegaba hasta el Eufrates, y habían guerreado en el Egipto, contrayendo la epidemia; y cuando el sucesor de dicho afamado monarca, Artajerjes, suplicó a Hipócrates que fuese a Sardes, en el Asia Menor, para combatir el azote, ofreciéndole por ello honores y riquezas, obtuvo la famosa respuesta del llamado padre de la Medicina, diciéndole que: «A ningún precio quería librar de sus enfermedades a los bárbaros, porque eran los enemigos de Grecia», lo cual, no sólo expresaba un estado muy atrasado de la higiene internacional y un ejemplo de moral médica muy discutible, si que preparó también merecido y lógico castigo, pues franqueando la enfermedad, en su marcha, el Archipiélago heleno, durante la guerra del Peloponeso, estalló en Atenas 430 años antes de Jesucristo, permaneció en el Atica tres años, se llevó más de trescientos caballeros, gran parte del ejército y produjo aquella espantable desolación que describió el nieto de Milcíades, con vivos y horripilantes colores, en párrafos que después han imitado y reproducido otros muchos historiadores y literatos, por que los cuadros en que se inspiraban, se han repetido, por desgracia, numerosas veces.

¿Qué autor de medicina aparece más fiel y elocuente que Tucídides, Boccaccio, Manzoni... y otros genios parecidos, al escribir las escenas de peste que vieron sus ojos y padecieron sus cuerpos!

«Jamás se vió en parte alguna del mundo tan grande pestilencia—dice Tucídides, en el notable capítulo VIII del segundo libro de su Historia—ni que tanta gente matase; los médicos no acertaban con el remedio, porque desconocían la enfermedad, y muchos de ellos morían los primeros al visitar a los enfermos... Comenzó en Pireo, por lo cual los habitantes de aquí creyeron al principio que los peloponenses habían emponzoñado sus aguas; muchos se lanzaban dentro de los pozos forzados por el calor y la sed; aunque tanto les aprovechaba beber mucho como poco... Las aves y las fieras que suelen comer carne humana, no tocaban a los muertos, aunque quedaban infinidad sin sepultura, y si algunas los tocaban, morían... No aprovechaban al arte humana, ni votos, ni plegarias en los templos, ni adivinaciones, ni otros medios de que las gentes usaban... Los enfermos morían sin socorro; las casas quedaban vacías; muchos morían en las cuevas, en las calles y plazas, y en torno de las fuentes, por el deseo de beber; nadie se cuidaba de religión, ni de santidad... Luego se agregó otro mal, el de que los que vivían y heredaban los bienes de los ricos, se entregaban a gastarlos pronto, sin emprender cosa buena, ni respetar la virtud, no teniendo esperanza de vivir, ni de recompensa alguna, pues lo mismo morían los buenos que los malos...»

«Había—decía Boccaccio, muchos siglos después, grandes fosas, donde se amontonaban los cuerpos por centenares, como mercancías en un navío. ¡Oh! ¡Qué casas tan hermosas quedaron desiertas; cuántas fortunas sin herederos; cuántas lindas damas y jóvenes amables almorzaban por la mañana con sus amigos, y cenaban por la noche con sus abuelos!»

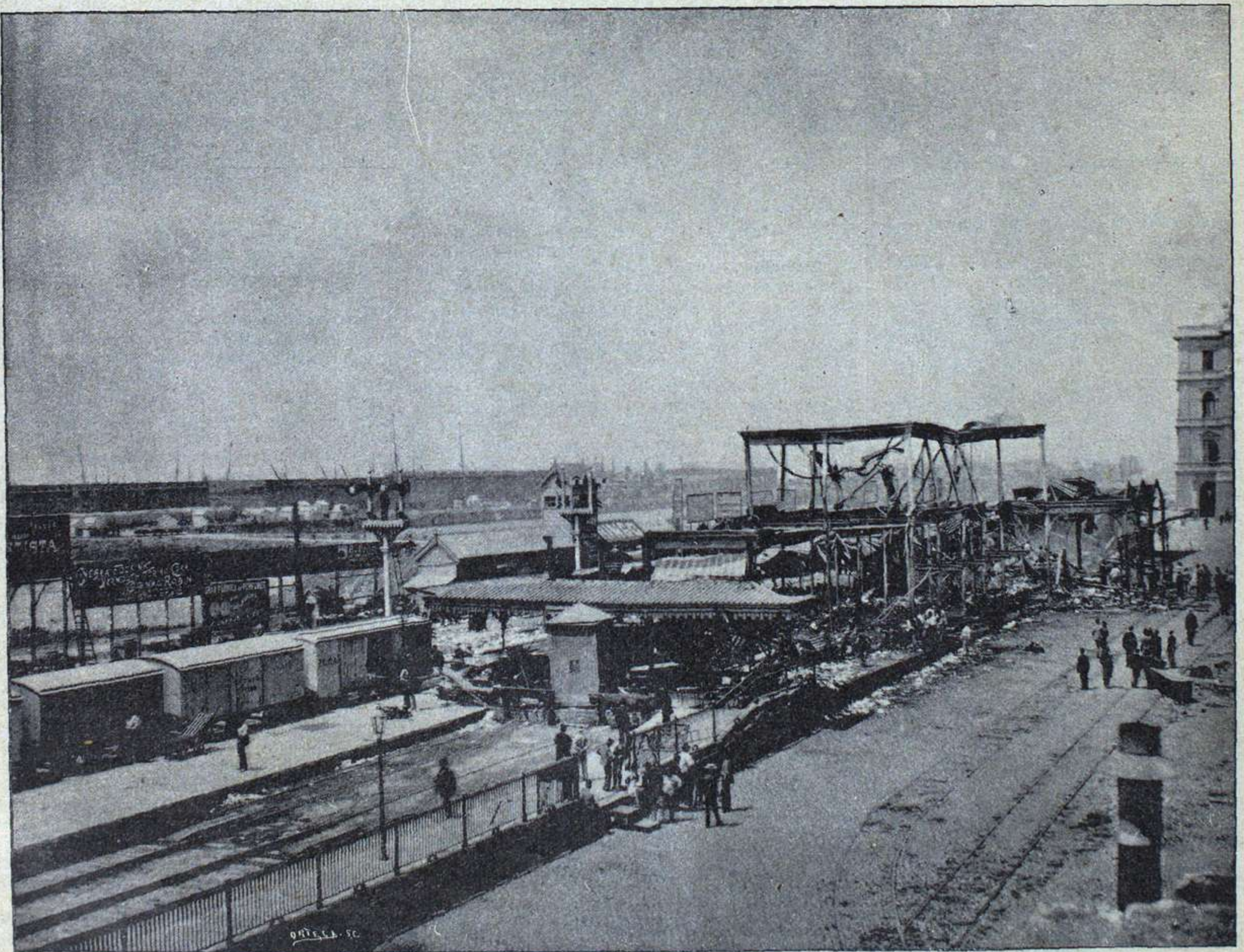
Sus azotes eran inconcebibles; las poblaciones se quedaban sin habitantes; muchos reyes perecieron de esta enfermedad: Montpellier, una vez, perdió todos sus médicos; en ciudades pequeñas, como Amiens y Saint-Denis, morían 16 y 17,000 ciudadanos; París, vió sucumbir a veces 50 y 80,000. Hecker calcula en 25 millones de vidas la pérdida que ocasionó la peste en 1348, sólo en Europa; del siglo XI al XV hace treinta y dos apariciones, y cada una dura, término medio, doce años... y así no acabáramos.

Con los estragos de la epidemia, y otras calamidades infinitas que a ellas sobrevienen, las inteligencias se extraviaban y se veían bandadas de locos y malvados, recorrer las poblaciones y los campos, haciendo horrores y desatinos; unos seres creían implorar la clemencia divina

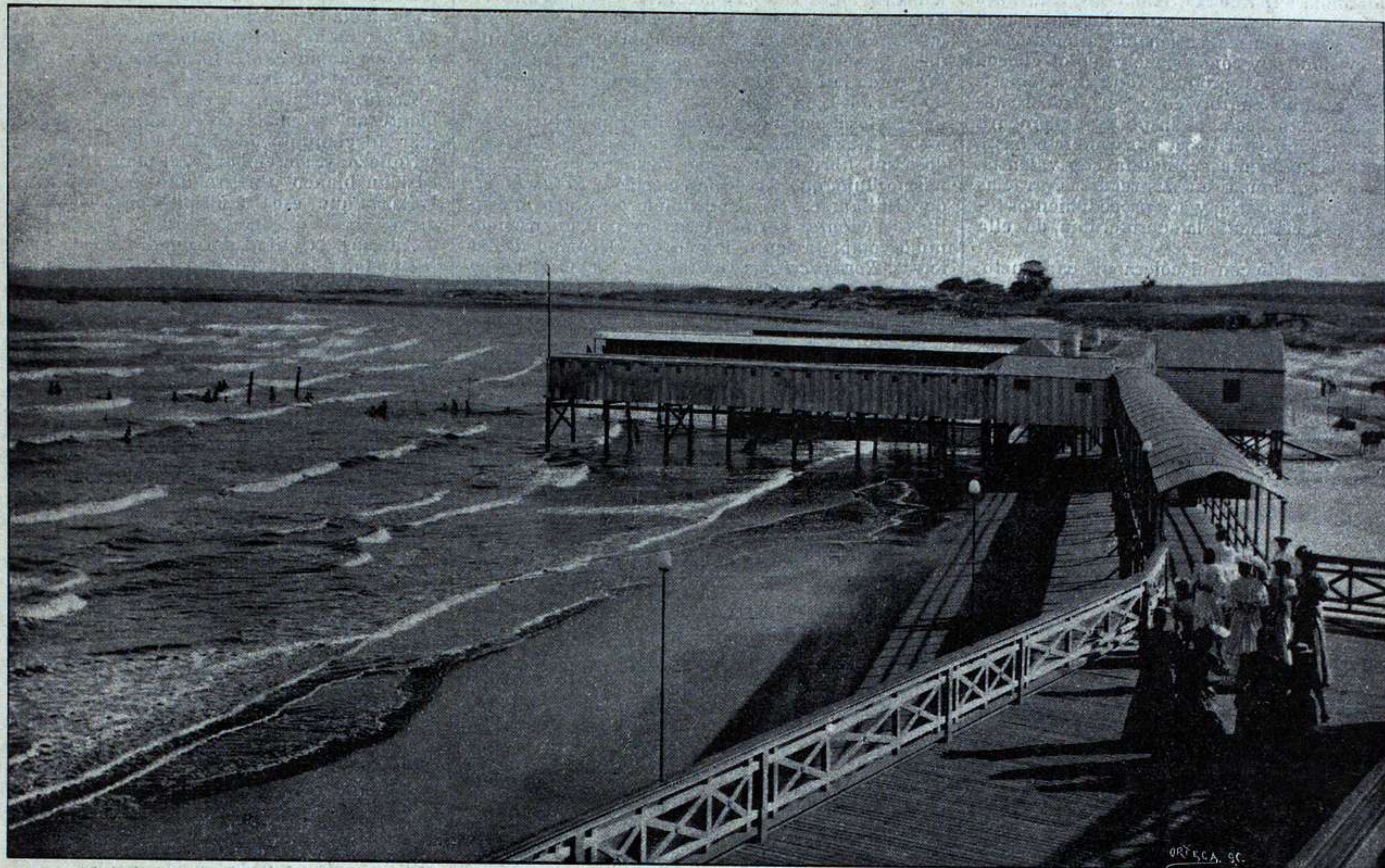
REPUBLICA ARGENTINA — BUENOS AIRES — INCENDIO DE LA ESTACION CENTRAL



ANTES DEL INCENDIO

DESPUÉS DEL INCENDIO
(Fotografías de E. C. Moody)

REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY — MONTEVIDEO



VISTA GENERAL DEL ESTABLECIMIENTO BALNEARIO DE "LOS POCITOS"

(Fotog. de L. Pastorino)

con espectáculos lamentables, y formaban los *flagelantes*, quienes al mismo tiempo que castigaban sus cuerpos, robaban, asesinaban y cometían crueldades sin número; se acusaba a los judíos de envenenar las fuentes (siempre esta pesadilla, como el año 34 en Madrid!), y de 1884 que había en Estrasburgo quemaron 900; en Maguncia 12.000 se mataron, por escapar a la persecución de que eran víctimas.... En fin, un testigo de la peste, dijo que había ocho y diez enfermos en el mismo lecho, y á veces sólo se veía un cuerpo vivo entre siete ó más muertos....

La peste, como grande epidemia, puede decirse que ha dejado de presentarse por Europa desde el siglo pasado. La última vez que apareció en Francia fué en 1720; en Moscou, en 1770; en Holanda, en 1797; en 1812 estuvo en Malta. En el siglo XIX parece haberse refugiado en el Asia, y hubo una época, el año 1845, en que ni en Oriente ni en Occidente existía; diríase que había desaparecido. Pero de 1856 á 1864 ha dado señales de vida con frecuencia. Desde 1865 se hace endémica en Mesopotamia y causa epidemias muy serias en 1876 1877 y 1878. En 1879 estalla la epidemia en Astrakan, y causa fundado espanto en Europa; la energía y diligencia del czar de Rusia la libró entonces de una invasión: fué cuando la peste estalló en Weltianka, cerca de Astrakan, con ocasión de la llegada de los cosacos procedentes del Cáucaso. Esta vez el fuego y la desinfección, aplicados con tiránica y sostenida energía, contuvieron, entre el Volga y el Don, lo que en otros tiempos no contenían las quemaduras de judíos, ni los espectáculos callejeros de fanáticos y locos.

III

Es muy propenso á errores exponer en un

artículo de esta índole, dedicado á la común ilustración, noticias acerca de las causas de una enfermedad, propagación, formas individuales, síntomas, etcétera. En primer lugar, sucede que, salvos ciertos fundamentales atributos, las enfermedades epidémicas, por lo mismo que no han sido dominadas aún, ni de ellas hay conocimiento científico, aparecen oscuras, varias y sometidas á muchos motivos de error; y en segundo lugar, que, como quiera que son infecciosas y contagiosas, igual que son las que motivan todas las epidemias, tienen entre sí muchos puntos de semejanza que permiten someterlas á idénticas consideraciones. Cambia el germen causante de la enfermedad en su manera de vivir, en sus productos, en sus modos de lesionar y en los órganos de asiento: pero son éstas averiguaciones, como menudencias de estudio profundo que

sólo al médico interesan, y sólo él puede apreciar cumplidamente. En la peste se siente frío y escalofríos, postración, dolores de cabeza, desarreglos intestinales, delirios, vómitos, y, sobre todo, aparecen como característicos, infartos ganglionales dolorosos, manchas en la piel, antrax y tumores como carbuncles, que revelan grande descomposición de una sangre envenenada, y tendencia especial á lesionar el sistema linfático: he aquí lo más visible y corriente.

Como sucede con todas las enfermedades infecciosas, tiene un período de incubación que varía según es la virulencia mayor ó menor del germen, y son las condiciones del sujeto atacado, por ejemplo, su juventud, sexo, fortaleza, terror y otras circunstancias especiales del contagio, como la vía por donde se verifica, la gástrica ó la respiratoria, aún no muy averiguadas. Esto explica que en unos sujetos estalle el mal á las pocas horas, y en otros tarde, hasta quince días, que es el tiempo de máxima incubación, al parecer, y el que debe tenerse presente para no señalar cuarentenas de menos duración.

Los síntomas generales y gástricos, los trastornos indefinidos de la salud que caracterizan la invasión de un proceso infeccioso, como el quebrantamiento, zumbidos de oídos, vértigos, angustias, fiebre, preceden á los síntomas cutáneos y tumorales, y al desarrollo característico de los bubones en las ingles, axilas, nuca, etc. Después se desarrollan éstos, y se convierten en la causa principal de las molestias y de los dolores, pues adquieren un gran tamaño, supuran y producen úlceras, que ocasionan graves complicaciones en aquellos casos en que la violencia del mal no ocasiona la muerte por una intoxicación agudísima de la sangre, antes de que la enfermedad pueda evolucionar.



EN LA TERRAZA DE "LOS POCITOS"

(Fotog. de L. Pastorino)

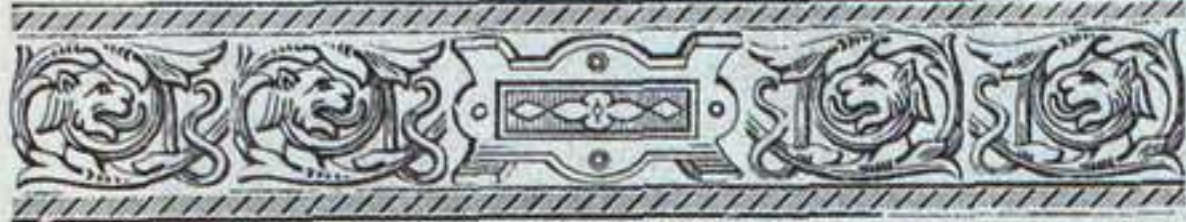
La muerte puede sobrevenir a las pocas horas, ó después de muchos días: queda sometida en su duración y modo de ser a las circunstancias de cada caso, igual que sucede en las demás enfermedades epidémicas.

Determinar, á más de esto, cuál es el germen productor de la enfermedad; cómo se transmite de unas en otras personas; qué vehículos busca para ello: si es el agua, si son los alimentos, ó ambos; por dónde y cómo penetra en el cuerpo humano; qué venenos produce; qué descomposiciones causa en la sangre y cómo se puede remediar el daño suyo: ésta es la obra que procura realizar la ciencia, estéril casi por completo hasta ahora, mas actualmente acometida con valentía, entusiasmo y confianza en sus recursos, gracias á la doctrina parasitaria, y los procedimientos terapéuticos, especialmente la sueroterapia, de ella deducidos.

Como ha sucedido con el cólera, el carbunco, la difteria, el tétanos y otras muchas enfermedades, la peste tiene ya en frente, un suero ideado por Jersin y sometido á experimentación en la India. ¿Qué resultado dará? Para sus partidarios, supongo que será de indiscutible eficacia.

¡Plegue á Dios que sea así; y pidámosle, sobre todo, que no haya necesidad de averiguarlo en Europa. Basta con que nos lo comuniquen desde lejos; cuanto más lejos, mejor.

DR. A. PULIDO.



VERDE

La llanura es un mar que el viento riza
Mueven sus flecos lacios los maizales,
Y la luz en los húmedos gramales
En rayos de esmeralda se tamiza.

El agua sobre el légamo desliza
Glaucos y fugaz sus lípidos cristales,
Y la cigarra, oculta en los breñales,
La quietud de los campos solemniza.

El perezoso carro, á la pradera,
Como goleta del labriego, baja
Cargado con los frutos de la era.

Y en actitud paciente y cabizbaja,
Con gravedad olímpica y austera,
El buey rumiando sin cesar trabaja.

MANUEL LARRAÑAGA PORTUGAL.



CRÓNICA QUINCENAL

(DE NUESTRO CORRESPONSAL LITERARIO)

SUMARIO. — Bibliografía: *Durante la Reconquista*. — *Rosas festivas*. — *Los Lunes de La Tarde*. — *Plus de foyer*. — Acuarela de Viña del Mar.

DURANTE LA RECONQUISTA es una hermosa novela histórica que explota y vivifica con fiel y hermoso colorido una época curiosa de nuestra historia: cuando el cóndor, aprisionado de nuevo, acordándose de la libertad que apenas alcanzó á gustar, pugnaba, desesperadamente, por cortar las cadenas que lo unían á la garra secular del león de Castilla.

Los caracteres chilenos son muy nuestros; los comprendemos muy bien, porque llevamos su sangre. Pero la santa aspiración que los animaba; la esperanza de libertad, que los fortalecía, los hace universales para la América española que como un solo corazón emprendió esa múltiple campaña.

En muchas novelas sucede que todos los personajes aparecen en una sola línea con gran relieve, sin distinción de la importancia que en ellas tengan; en la del señor Blest Gana por el contrario, aparecen todos igualmente indecisos y débiles, como se pierde el contorno de una persona que se aleja por una avenida de encinas, ó en el primer bosquejo de un cuadro de composición.

Si no fuera por el colorido histórico, peligraba el interés.

El estilo del señor Blest Gana, es fluido y en la narración fácil; pero falta absolutamente de nervio, pobre muchas veces y en ocasiones lento. ¿Cuánto se echa de menos en algunas páginas el colorido inquieto y centelleante de Zola, en la *Debacle*; de Erkman Chatrion, en *El Plebiscito* y *El Bloqueo*; de Pérez Galdós, en *Los Episodios Nacionales*? También, al escuchar en un organillo por más fino y bien acordado que sea, la marcha de Beethoven, se desean la vibración potente de la orquesta y sus múltiples y ondulantes variaciones.

Apesar de todo, las mil cien páginas de que consta, se leen con el más constante interés; interés que se aviva, como en la novela más plástica y nerviosa, al llegar á muchas escenas en que el éxito corona los esfuerzos del autor.

Creemos que *Durante la Reconquista*, que lleva á las regiones serenas del arte esas páginas vibrantes de la historia americana, y que evoca, en su nombre, esos recuerdos en que vive unida la América Española, será en ella tan popular como lo han sido *Maria*, de Isaacs, y *Amalia*, de don José de Mármol.

— En los escaparates de las librerías ha lucido, en estos últimos días, sus tapas de papel celeste verdoso, un librito del mismo formato, pero no del mismo lujo, que los de la colección *Lotus bleui* de Guillaume. Es una reunión de cinco artículos y cuentos cortos, firmados por un pseudónimo completamente nuevo en el campo de las letras. *Rosas festivas*, que es su nombre, no ha tenido buena aceptación en el público ilustrado. La inmoralidad poco simpática que lo envuelve, los ataques injustos y sistemáticos á las creencias religiosas, lo hacen caer entre los panfletos anónimos, á pesar de su fácil y ameno estilo, que revela un escritor no vulgar. Bernardo Pérez es la firma del autor; pseudónimo que quizá usa por vez primera.

La aparición de *La Tarde*, diario más industrial que político, ha traído una novedad en el letargo que envuelve desde hace algún tiempo á nuestra prensa. Nos referimos á un semanario anexo al diario, que aparece el día lunes con el nombre de *Los Lunes de La Tarde*. Como los de *El Imparcial* son literarios y en vez del obligado editorial de nuestro diario político, trae una crónica de la semana, no todo lo amena y brillante que convendría, ilustrada con dibujos parecidos á los de Pons y Melitón González en España. Estas caricaturas, arte que en Chile está en mantillas, y en general todo el semanario, traerán muchos lienes al periodismo y á las letras, excitando el interés de los dibujantes de talento y de los jóvenes amantes de las letras.

Acaba de llegar á nuestro Museo de Pinturas el deseado y esperado cuadro *Plus de foyer*, del artista chileno Harris, que el Gobierno adquirió en París, por una suma aproximada á cinco mil pesos. Representa éste, en una tela de dos metros por cada lado, digna de una composición histórica, una escena de la vida moderna, aunque interesante, trivial.

En una sala pequeña se ve, en primer término, una cunita con cortinajes de color lila, donde duerme un tierno niño con el sueño de los ángeles. A sus espaldas, arde una lámpara cubierta con artística pantalla amarilla, que proyecta al través del cortinaje su luz pálida, alumbrando con extinguido reflejo el rostro de la criatura, y dejando transparente el fondo de la cuna. En una mesa cercana, se apoya, en ademán doloroso, una mujer joven y elegante, vestida con correcto traje plomo y ocultando una parte de su rostro con el pañuelo.

Mientras vela solicita al borde de ese dije, cubierto de encajes, que contiene para ella el símbolo de su amor, ha cruzado por su mente una tenaz sospecha, que la tortura.

¿Habrá faltado su marido á la promesa, tantas veces reiterada, de no volver jamás á los vicios que abandonó al llevarla al altar?

¿Se destruirán para siempre esas esperanzas de eterno amor, de eterna fe en la dicha de su unión, de inextinguible fuego en el hogar?

La contestación no se hace esperar. Junto con los primeros resplandores indecisos del alba, se escuchan en la escalera los tropezones del beodo; más tarde, es abierta, con estruendo, la puerta; una mano vacilante entreabre las cortinas y aparece, tastabillando, con la ropa en desorden, el frac manchado, abierto el mac farlán, que, á medias, cubre las huellas de la orgía, la camisa ajada y el sombrero algo caído.

Esta es la escena del cuadro.

Por entre las cortinas cae á torrentes la pálida luz del alba; el borracho dirige en torno una ojeada estúpida y queda apoyado en la pared, con idiota y vaga mirada. A su lado, alumbrado por el tenue resplandor de la mañana, parece flotar el hálito frío y destructor del vacío. En el fondo, la pobre esposa que, en un instante, se ha dado cuenta de su desgracia, envuelta con la poética luz de la lámparilla, se apoya en la mesa y con hondo desaliento enjuga sus lágrimas. A su lado, flota el tibio ambiente del nido, el aroma de los besos de madre y de las lágrimas de esposa. El niño duerme, en tanto: ¿qué sabe él de los dramas de la vida? Sólo conoce los madrigales de los sueños y en ese momento soñará que angelitos rubios le acarician. Este es el instante preciso de la hermosa concepción de Harris.

Prescindiendo del error de haber empleado figuras de tamaño natural para una escena que sobradamente, y quizá con más concentración, cabía en un cuadro de la cuarta parte de su tamaño, justificable en un artista que se ha visto obligado á tan trivial ardid para atraerse la atención entre el maremagnum de cuadros peque-

ños que en París se exponen, procuraremos dar un juicio, lo más acertado posible de esta brillante obra.

No es, quizá, completamente verosímil, y por lo menos, no denota observación, el que la joven aparezca, después de una noche de inquietud y nerviosa espera, con vestido de gala y correctísimo peinado recién concluido.

Los pliegues del vestido son duros en demasía y se asemejan á los formados con un papel de cierta consistencia.

La luz del alba, al chocar con la luz, igualmente amortiguada, de la lámparilla, debiera formar un conjunto de matices de mucha suavidad y riqueza; y, sin embargo, el plomo del vestido es casi un blanco y negro que carece de la gran belleza que esos múltiples matices le habrían dado.

Además, la mitad del cuadro aparece casi en bosquejo, y la otra mitad concluido. Defecto de escuela que ya va de retirada, y á que no debiera asirse un joven de gran talento, so pena de retirarse también, del favor del público y de las regiones del arte, que no admite modas en los procedimientos. Así aparecen las flores, que sobre la mesa están colocadas con el mismo relieve y consistencia que las pintadas en el papel de la sala.

Las manos de la joven son un primor de dibujo y colorido; tal vez lo mejor dibujado del cuadro. La cunita está bien estudiada y junto con la hermosa pantalla amarilla y el traje de la esposa, forma un grupo del más brillante efecto y artística impresión.

El borracho, aunque algo bosquejado, y su postura, son rasgos felicísimos. Hay en él, corrección en el dibujo, y suma verdad en el rostro y traje.

Y, si es verdad que podría ser más vaga y dulce la figura de la esposa, para estar en armonía con el tibio y poético ambiente que la rodea, más elegante y bien trazada la línea del desnudo, bajo los indóciles pliegues del vestido, y un poco más alta la rodilla derecha, que se adivina bajo los mismos, el conjunto total es brillante, lleno (permítasenos la expresión) de coquetería de artista, y parisienne.

El niño carece de buen colorido y apenas podría pasar como bosquejo de principiante.

La vista de *Plus de foyer* alegra el alma, á pesar del arte pequeño que lo inspira, pues se ve, además de una obra de exquisita elegancia, la revelación de un vigoroso talento, lleno de juventud y rebosando de lozanía artística.

Así, justificadas están las reproducciones que en el *Figaro*, de París, y en otros periódicos ilustrados se han hecho de este cuadro; y del mismo modo, los informes, muy llenos de elogios que obtuvo de reputados críticos franceses el Ministro de Chile en Francia.

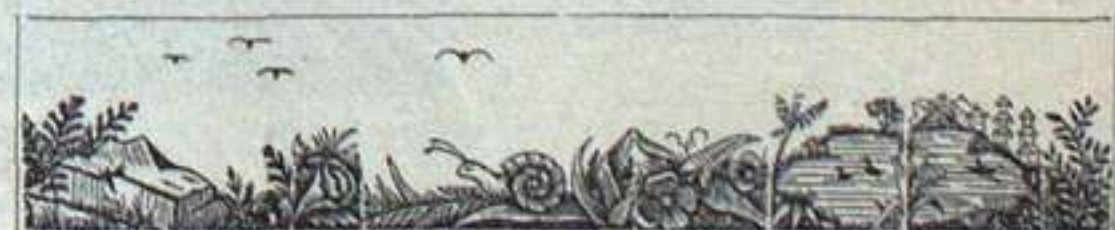
El feriado de los tribunales alejó de Santiago á los abogados; con esto queda dicho que la mitad de su población se ha marchado. Ahora, sólo los congresales ocupan todavía sus asientos abanicándose con la Ley de Presupuestos. Lo demás ha sido dejado, por el ferrocarril, á lo largo de su línea, en los puntos veraniegos, y mucha parte en Viña del Mar. Como es éste el Biarritz de nuestra sociedad y en él hemos visto á numerosos argentinos gozando del más dulce y fresco de los climas, no resistimos á la tentación de bosquejarlo.

Viña del Mar, es una pequeña ciudad de diez mil almas, monísima y risueña. Sello propio, no tiene: ¿cómo podría tenerlo una vidriera, donde al lado de la exótica japonería, figuras en un vaso etrusco, una lámpara egipcia, una ánfora extraída de Pompeya, una porcelana de Sajonia, y un objeto de barro fabricado por los indios?

Reclinándose en muelles y onduladas colinas, deja caer sus pies en el mar; un mar verde y tranquilo cuya línea horizontal interrumpen los vapores que se dirigen á Valparaíso.

Aquí se levanta, entre gallardas araucanías, un chalet ligero y elegante como un turista con traje de verano; allí una casita sueca, color de sepia, en medio de alegres prados de rosas y verbenas; allá una pretensiosa imitación de castillo feudal, que asoma sus torrecillas sobre las extendidas y negruzcas copas de los cipreses de California; en cada recodo, una sorpresa. Las casas rivalizan cada una con su vecina en novedad y hermosura; lucen sus puntitos de color entre el vasto follaje que las circunda y desde la cima de las colinas el conjunto semeja, un parque inglés de millonario, sembrado de kioscos. En medio de ese conjunto, los molinos de viento mueven sin cesar sus aspas; una que otra palma solitaria que con ellos compite, denuncia la proximidad de los famosos palmares de Ocoa; y tras los gruesos murallones, que á un lado de la línea se levantan, coronados por altas chimeneas, chocan como en ciclópica batalla, y se estreman los hierros de la gran maquinaria de la Refinería de Azúcar, uno de los primeros establecimientos industriales de Sud-América.

OLIVIER DU PRAT.





(PARA «LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA»)

La condesa Lolo Novitzky, encantadora niña, con una hermosa cabellera de color castaño y celestes ojos, obtuvo un verdadero éxito cuando hizo su primera aparición en el *beau monde*. Al año siguiente, la costumbre de admirarla, hizo que ese éxito fuera menos deslumbrador; pero aún ahora, cuando ya hace cinco años que frecuenta los bailes, recibos, veladas y demás entretenimientos del San Petersburgo aristocrático, es una de las señoritas más «à la moda».

La condesa amaba apasionadamente todo lo que era ruso. No es culpa suya que habiendo estado ausente de Rusia durante varios años—principalmente en Dresden (Ducado de Sajonia)—hablara poco correctamente el idioma de aquel imperio; sin embargo, lo amaba con delirio. Casi siempre ella hablaba inglés, principalmente en presencia de otros, halagada por la esperanza de no ser comprendida. La condesa Lolo tocaba bastante bien el piano é interpretaba perfectamente «Warum», «Aria triste» y «Nota falsa». También era *amateur* de la acuarela. El verano lo pasaba la familia Novitzky, en su villa—y como era necesario aprovechar en algo útil el tiempo que libre le dejaba la vida de la capital—la condesa daba clase en la escuela del lugar.

—*It's so sweet* (es tan dulce), decía con dignidad y placer al mismo tiempo. ¡Hoy Juan ó Pedro, empezó á deletrear!

Los domingos—como en Inglaterra—la condesa leía á sus desatentos alumnos, cuentos religiosos, tratando de aclarar lo incomprensible. Los pequeños oyentes la escuchaban sin saber que hacer de fastidio. El cordial maestro de la escuela de la aldea, estaba encantado y conmovido del proceder de la condesa, que la nariz escondía en un perfumado pañuelo—(en el rancho de un aldeano no siempre es agradable y puro el ambiente)—prestaba atención á la lectura por sílabas de Andrés ó Josefina. Los niños miraban á la condesa con cierta desconfianza, como presintiendo que no era esto un estudio verdadero, sino un juego á la escuela.

La condesa llamaba á la escuela, *mi escuela* y á los alumnos, *mis alumnos*.

Unos dos años antes de que principie nuestro relato, ingresó en la *universidad* de la aldea, por su propia voluntad, el hijo de una viuda, cuyo marido murió soldado, dejándole por toda herencia, al nuevo educando de la condesa, que tenía á la sazón nueve años. En la aldea era conocido por Goyo el moreno—y realmente, Goyo se distinguía vivamente de los demás rubios diablillos de la villa:—bajo de estatura, los pómulos salientes, cabello crespo, negro como el carbón, sin timidez se fijaban en su interlocutor sus hermosos ojos casi redondos y en que se retrataba la niñez.

—*What beautiful eyes!*—(qué hermosos ojos), dijo la condesa madre, entrando á la escuela y apercibiéndose del niño.

—*Aufully stupid* (sumamente tonto)—contestó la hija.

Y en verdad, hay que confesarlo: los primeros pasos de Goyo por el rudo sendero de la ciencia fueron desastrosos. ¿Sería debido á su distracción ó quizás no sabían tratar con él? Lo cierto es, que pocos eran sus adelantos. Sólo hacía increíbles progresos en caligrafía: dos ó tres semanas le fueron suficientes para escribir el abecedario no sólo con claridad, sino hasta con cierta hermosura; en cambio, confundió los nombres de las letras, sin incomodarse por ello. También fué terrible la paliza que recibió de su tío—hermano de su finado padre—en casa del que vivía con su madre, cuando entrando este último en el galpón, vió todas las paredes rayadas con carbón: el muchacho no tenía en qué, ni con qué escribir y eligió las paredes del galpón, donde su tío solía secar el trigo, para ejercitarse en el dibujo de las letras.

Lo mismo pasaba con las matemáticas; los números los escribía Goyito con claridad y perfección, mas no podía ó no quería acordarse de su significado.

—¿Siete por siete? Preguntaba con severidad la condesa.

—¡Sesenta y seis! Sin meditar, respondía Goyo. ¡Le es indiferente! Para él lo principal es dibujar con hermosura las dos figuritas 6.

Un día, festejando su cumpleaños, la condesa regaló á cada uno de sus discípulos, un cuaderno con un lápiz.

—¿Quién dibujó esto? Preguntó unos días después, revisando el cuaderno de Goyo.

—Yo, confesó con lágrimas en los ojos el niño.

—¿Tú?

En lugar de una multiplicación estaba dibujado el retrato de la condesa, bosquejo grotesco,

y sin embargo, de un sorprendente parecido. No era posible equivocarse: he aquí su sombrero con el ala alzada, su prendedor, que representa dos palomas—ningún detalle estaba omitido. La condesa no pudo impedir una exclamación de sorpresa.

—Después de clase anda por casa, ordenóle Lolo.

Llegaron, para Goyo, tiempos felices. El tan fastidioso estudio era excluido de su vida. La condesa le enseñaba el dibujo. Goyito diseñaba orejas, narices, labios, de todas formas y tamaños. Era curioso ver á ese paisanito con una andrajosa camiseta de percal, descalzo, encorvado sobre su trabajo en un rústico pabellón situado en el jardín de la casa de los señores, dibujando, por ejemplo, un ojo é impulsado por el instinto trataba de darle una expresión.

—¡Su excelencia, se rie, en tono de triunfo; decía á la condesa, enseñándole su trabajo.

Y realmente el ojo se reía.

En un abrir y cerrar los ojos pasó el verano. También pasó el invierno y tras él, llegó la primavera. Este año trajo consigo la condesa todo un lío de modelos.

—*For my little genius*—(para mi pequeño genio), exclamaba ella—enorgulleciéndose de su obra; pero pronto un hecho desagradable hirió su amor propio: su pequeño discípulo—*her pet* (su favorito)—dibujaba mejor que ella.

Ahora, todo el día lo pasaba Goyo en la casa de los señores. Le calzaron, vistieron y como una cosa rara, era enseñado á las visitas. La condesa estaba satisfecha y hasta se jactaba de él, su propiedad. Mas no fué duradero el reinado de Goyo: la condesa está comprometida. Naturalmente, su exaltación y preocupación para el casamiento, hicieronle olvidar á su favorito, que tuvo que volver á su más que modesto rancho, habiendo ya probado todo el encanto de la vida bajo el ala de los señores. Hay que reconocerlo en honor al muchacho: no le atemorizaba tanto la vida de pobre, como el verse impedido de seguir dibujando; añadamos á esto la recepción poco hospitalaria y cariñosa de su tío.

—Espera, ¡ya te haré perder tu afán de pintar! Fueron las palabras de recepción del tío, el que temía tener que alimentar un ser inútil.

Triste y sucio otoño. Lluve á torrentes; sin cesar y sordamente, ruge un frío viento otoñal. En uno de los espaciosos cuartos de la casa de los señores—con antiparras de desproporcionada dimensión sobre las narices—remendando unas medias, está la vieja niñera de la que fué niña Lolo, y es ahora señora condesa. Las paredes del cuarto desaparecen tapadas por hojas de papel con dibujos—todo creaciones de su querido pintor—rústico, Goyo. La vieja solterona le tomó un gran cariño, era herencia de su señorita, que voló del templado nido paterno para orientarse en el mundo aristocrático de la gran capital del Norte.

Ya es tarde. La anciana se levanta para dirigir la última plegaria al Todopoderoso y acostarse sobre el elevado y blando lecho de plumas.

—¡Dios Santo! ¡cómo brama! Dice, escuchando al furioso viento y percibiendo los impropios golpes que la lluvia daba á la ventana.

—¿Qué es? ¡Parece que llaman! Dijo estremeciéndose.

Alguien golpeaba la ventana.

Con gran esfuerzo y mayor pena, se acercó á ella la ex-niñera de la Lolita. Ahí, indefenso contra la lluvia, estaba Goyo.

—¡Déjame entrar, abuelita!

La anciana se enojó, mas no obstante, dirigióse al zaguán para abrir la puerta al pintor. El agua chorreaba de él, debido á la carrera y también emocionado, Goyo no pudo articular palabra.

—¿Qué tienes? preguntó la niñera.

—¡Mamá murió!... contestó Goyo, clavando sus ojos llenos de terror y lágrimas á su buena amiga.

—¡Paz en su tumba! haciendo la cruz y mirando la imagen de la Virgen—que en un rincón había—dijo con devoción la anciana.

—¡Ah desdichado!... Pobre huérfano!...

Y ello era la triste realidad: Goyo debía ser muy desgraciado. Otra vez descalzo, vestía unos harapos y parecía salir de un baño; en una palabra, era la personificación de la mendicidad, ¡pobre miserable!

—¿Tienes hambre?

El muchacho hizo con la cabeza una seña negativa.

—¿La condesa dónde está? Fué su respuesta.

—En San Petersburgo.

—¿Vendrá?

Y esta pregunta encerraba tanta amargura, una pasión tan vehemente, tantas esperanzas, que la anciana dirigióle una mirada y las lágrimas aparecieron bajo sus gruesos anteojos.

—No... ¡ni por pienso!—murmuró suspirando.

Al oír esta contestación, el terror se apoderó del muchacho; su labio inferior comenzó á temblar; su rostro empalideció más aún; un brillo indefinible apareció en sus hermosos ojos, cuya expresión era inconcebible y durante algún tiempo, miró en el espacio, sin ver nada, pareciendo preocupado con un pensamiento fijo.

—¿La condesa estudió...? Preguntó Goyo de repente.

—¡Pero el dibujo, qué más!

—Si, en Dresden vivíamos entonces. Su maestro era alemán. Es una gran ciudad Dresden, y en ella hay un palacio muy grande.... lleno de cuadros.

—¿De cuadros?

—¡Y qué hermosos, qué grandes, en marcos dorados! ¡Y qué gentío hay allí!... Están sentados sobre altas tarimas y dibujan y pintan. Ahí llevaba yo á la niña; solía dibujar mejor que todos....

—¿Queda lejos?

—¿Dresden? Lejos.... en Alemania, para ir allá pasamos por Varsovia....

No bien acabó la vieja niñera, cuando de rodillas á sus pies el muchacho trataba de demostrarle su agradecimiento.

—Gracias abuelita.... gracias por tu cariño.... por todo.... exclamaba entre sollozos. ¡Adiós!

—¿Qué? ¡Loado sea Dios! ¿Dónde estás por ir?

—interrogó asustada la anciana.

—Allá, á Dresden.... Dresden.... murmuraba el infeliz y sus palabras eran ahogadas por el llanto.

—¿Qué proyectos! ¿Qué dirá tu tío?

—Me echó de casa; ¡y no dirá nada!

La viejecita movió la cabeza.

—Haz lo que quieras, más en una noche como ésta yo no te dejo ir, resolvió al fin. Duerme, y viendo sonreír al niño, concluyó con el popular proverbio ruso, «la mañana es más ingeniosa que la noche».

Hízole la cama en un rincón, debajo de la imagen de la Virgen, y golpeando cariñosamente las mejillas del muchacho, le mandó acostarse, haciendo ella otro tanto, después de recitar su oración nocturna.

Mojado como estaba, se acostó Goyo en su primer lecho de hombre independiente.

Temprano despertóse la anciana y dirigió la vista hacia la cama de su huésped, pero en el rincón sólo quedaban las huellas de su mojada ropa.

Guiado por la estrella de su genio, llegó al fin Goyo á donde creía encontrar su edén: Dresden. ¡Mas á costa de qué sacrificios, de cuántos padecimientos, cuántas penalidades! Sufrimientos que no se podían explicar en su raquítica naturaleza; estas fuerzas físicas nacían engendradas por la esperanza, por y para la cual sólo vivía. Alimentándose de lo que la caridad le proporcionaba, durmiendo la mayor parte de las veces bajo el techo que á nadie niega la magna naturaleza: el cielo, ó despreciando amenuo las fatigas para ver más pronto el término de su peregrinación, llegó á los treinticinco días de abandonar la hospitalaria vivienda de su amiga y protectora, la anciana niñera de la condesa Lolo, á la artística ciudad sajona. Dresden.

Era domingo. Nuestro pequeño héroe penetró en ella, y sin rumbo fijo, caminó por las calles; su corazón latía fuertemente ¡ya estaba en el Dresden deseado! Mas ignoraba ahora dónde ir, qué hacer. Preguntó tímidamente á varios transeúntes por el palacio con cuadros de marcos de oro; pero por toda contestación recibió una despreciable burla; hablaba ruso, único idioma que sabía, en una ciudad alemana....

Llegó, al fin, á la plaza principal, donde fué apercibido por un gendarme, quien le asió fuertemente por el brazo, dirigiéndole varias preguntas, á las que el infeliz Goyo contestaba en su incomprensible, para el polizote, idioma natal, acabando por dar rienda suelta al llanto.... Este incidente había atraído una multitud de curiosos, que rebotaban de satisfacción, porque su hábil y enérgica policía hubiera capturado «un vagabundo». Poco envidiable por cierto, sería la suerte de Goyo, si la Providencia no se hubiera encargado de que un sacerdote ruso que por allí pasaba, se interesara en investigar la causa de aquella aglomeración de gente y reconociera en el desventurado preso, á un compatriota suyo. A su petición, Goyo le fué entregado por la policía y habiéndose enterado de la historia del pequeño pintor, se interesó por su suerte, alojándolo en su casa.

Poco tiempo después, Goyo el moreno, era uno de los discípulos de la célebre academia de pintura de Dresden. Las raras aptitudes del nuevo alumno, llamaron la atención de los profesores, pintores y dirección de la Academia, y sus rápidos progresos, hacían amenudo exclamar á sus profesores, *er ist nicht normal* (el no es normal), mientras que el interés que por el genio del pequeño «vagabundo» se había despertado, cada vez crecía más.

—¿Pero dónde está ese palacio de cuadros en dorados marcos? solía pensar el muchacho, siempre que con agradecimiento recordaba á la vieja niñera.

Y en este asunto fué ayudado por su protector el sacerdote, quien, deseando proporcionar un reposo al muchacho, pues con tal ahínco trabajaba Goyo, que con dificultad se le podía separar de sus lápices y papeles, enflaqueció más aún y sus ojos parecían más grandes por el hundimiento de sus pálidas mejillas.

—Hoy iremos á la galería de cuadros, acariciándolo, le dijo un día de fiesta el sacerdote.

¿Habéis visto alguna vez como un desbordado torrentoso río, inunda sus alrededores? Escondiendo en su seno todo, todo lo que por delante

UNA AVENTURA DE CARNAVAL



DON JUSTINIANO SOTOMAYOR
Ministro de Hacienda de Chile — (Fotog. Spencer y Cía.)

tiene, con una fuerza increíble, destruyendo lo que á su furor no puede resistir y penetrando hasta en los rincones más apartados. Con nada más puede compararse el sentimiento de Goyo, cuando entró en la galería de cuadros de Dresden y vió todas aquellas producciones artísticas.

—¡Dios mío, qué hermoso!

Goyo había olvidado la realidad, para con el alma sentir y comprender lo que sentían aquellos genios que con sus pinceles immortalizaron sus nombres.

El sacerdote lo miraba con inquietud. La calentura se había apoderado de él... sobre sus ojos brillaban lágrimas.

He aquí el cuadro de Murillo.

¡Que penosa le es la vida!—pensaba Goyo, contemplando á la pecadora Magdalena.

Casi por la fuerza sacó el sacerdote al ofuscado muchacho del depósito-guardián del tesoro de Murillo.

Entraron en el departamento siguiente y tuvo Goyo que agarrarse de la barandilla: tal era su emoción. Arriba, piadosamente, como si bajara del cielo, mirábale derecho en sus ojos, con misterioso é inmenso sentimiento de amor profundo, la Virgen María, Madonna de Sixtina, de Rafael. Ni un pensamiento, ni una idea en la mente! ¿Dónde está? ¿Qué es? Todo olvidado.... mientras el corazón latía, latía, desbordado de felicidad el alma del joven artista....

—Si, no está mal.—Dijo alguien en ruso.

Estas palabras hicieron volver en sí á Goyo, quien, con ligereza, se dió vuelta.

Apoyada sobre el brazo de su esposo estaba la condesa Lolo.

Ni siquiera reconoció á Goyo, quien, habiendo perdido el sentido, era sacado afuera por los porteros.

—Si, señor, ha tres semanas lo enterramos—medecía el sacerdote ortodoxo de Dresden, cuando después de la misa entró á su casa á tomar una taza de té. Unos tres meses estuvo en el manicomio, no más....

—¿Cómo, en la casa de dementes? Curóse ya.

—Cuando lo traje de la galería de cuadros y después de varias horas recobró los sentidos, no reconocía á nadie; murmuraba algo incomprensible y siempre miraba al infinito.... entonces lo llevamos á la casa de dementes. Era tranquilo.... pero me fué imposible tenerlo aquí... ¿Que en paz descanse!

Ambos callamos. El sacerdote probablemente pensaba en su protegido Goyo, y yo, contemplaba los admirables dibujos hechos por la inexperta pero genial mano del pequeño artista.

—Sepa Alejandro Wladimirovich, dijo cortando nuestro silencio el sacerdote, que no es fácil ser un genio, recibir de Dios un don.... hay que soportar.... tener fuerza!....

Amenudo recuerdo estas sencillas palabras del presbítero.

¡Dios mío! ¡Cuántos genios hay en nuestra santa Rusia y cuán poca fuerza!....

TRADUCCIÓN DE A. R.

El primo Arturo cayó como una bomba en el *boudoir* de Violeta. E hizo explosión... de noticias.

—Ocurre una cosa grave, dijo á su prima.

—¡Por Dios! exclamó ésta, con sobresalto; ¿qué sucede?

—No; dije mal; no es una cosa grave: son dos cosas graves.

—Pero, ¿qué pasa? no prolongues el tormento de la curiosidad, primo.

—Pues bien, tu marido se marcha.

—¿Que se marcha mi marido?

—Sí, señora; acaba de decírmelo; ha sido un viaje improvisado... desde tiempo atrás: desde que se empezó á hablar de los bailes de máscara.

—No comprendo...

—Pues es bien sencillo; estando él lejos de aquí, claro es que no podrá asistir á los bailes del Club, y no yendo él, ¿qué más remedio le queda á su mujercita que quedarse en casa?

—¿Y en eso consiste la gravedad de la noticia?

—Lo grave de la noticia es que tu marido piensa por este medio adquirir el don de ubicuidad; pero aquí estoy yo para desbaratar sus planes. ¡Hola, señor primo! ¿conque se propone usted hacer una mala partida á su mujer? Pues ándese usted con tiento, porque le voy á desenmascarar como dos y tres son cinco.

—Cada vez te entiendo menos, Arturo.

—Pues bien, lo que pretende tu marido es simular un viaje para poder divertirse á sus anchas, libre de la enojosa carga... de su mujer. Porque en cuanto desaparece la luna de miel en los cielos esplendorosos del amor, la mujer pasa de ídolo... á cualquier cosa. Es una infamia, convenido; pero eso es lo que sucede en la generalidad de los casos.

—Pero... ¿estás seguro? dijo, por fin, Violeta.

—Segurísimo, prima. Por supuesto, que tu marido se ha guardado muy bien de revelarme sus verdaderas intenciones, pero tengo la plena convicción de lo que digo.

—No obstante, Mauricio no puede arriesgarse á ir al Club, porque no faltarían... amigas que se apresuraran á darme la grata noticia de que le habían visto.

—¡Bah! hay pelucas y barbas que desfiguran el rostro de una manera admirable.

—Pero... ¿y la otra noticia grave?

—La otra noticia grave es la partida del general... ¡Vaya un marido inimitable! ¡Marcharse, teniendo una mujer como la que tiene, en visperas de los bailes de máscara!

—¿De manera que la generalita?... dijo Violeta con acento opaco y rompiendo con sus crispados dedos el abanico de raso que, como brillante mariposa blanca, se había agitado hasta entonces sobre su nevado seno.

—¡Toma! La generalita se queda en libertad de hacer lo que se le antoje. Porque el general se va de veras... lo que no deja de ser chistoso. ¡Demonio de generales!

—¿Conque tú también crees que Malvina?...

—Malvina está enamorada de tu marido; no lo puede remediar. Y no, es esto lo más grave; lo grave es que el general también está enamorado de él... aunque sin segunda intención.

—¡Infames!

—Vamos, calma, prima, que aquí estoy yo para volver la oveja descarriada al redil. Si tu marido se disfraza, yo también me disfrazaré y nos veremos las caras... ¡digo, no! ¡nos veremos las caretas!



DON ELIAS FERNANDEZ ALBANO
Ministro de Guerra y Marina de Chile — (Fotog. Spencer y Cía.)

—Es necesario que pidas hoy mismo invitaciones para el Club del Progreso... porque supongo que irán al Club del Progreso.

—¡Claro!

—Y que averigües qué traje llevará la generala.

—Lo cual me será muy fácil, porque he encontrado varias veces al zopenco de mi criado en flagrante idilio con Lili, la doncella... vamos al decir, de la generalita, y por él podré saberlo todo.

—¡Ah! ¡cuánto te lo agradezco, primo!

—Pero... ¿cuál es tu intento, Violeta?

—Debieras haberlo adivinado ya.

—¿Piensas ir al baile?

—Pienso no perderles de vista, y pienso dar un escándalo, si es cierto que mi marido me engaña.

—¡Cáspita! el asunto se complica.

—Eso allanará el camino del divorcio...

—¿Piensas también descasarte?

—No merece otra cosa, quién no sabe apreciar las virtudes de su mujer ni hacerse digno de su amor...

—¡Silencio, prima! oigo la tos de tu marido... ¡disimula, por Dios!

Un momento después entraba en el *boudoir* de Violeta el señor de Armental, hombre de unos cuarenta años, rubio, simpático y de porte distinguido.

—Querida amiga, dijo dirigiéndose a su mujer y besándole la mano; perdona si me atrevo a presentarme sin haberme hecho anunciar, porque quizá sea importuno...

Violeta quiso contestar, pero la voz se le hizo un nudo en la garganta y no pudo articular una sílaba.

—¿Y en casa? continuó el señor de Armental, dirigiéndose a Arturo, y tendiéndole la mano.

—Buenos; gracias.

—Hace mucho que no veo a Filomena...

—¿Mi esposa? lo mismo me pasa a mí.

—¿Cómo! ¿no ve usted a su mujer?

—¡Nos encontramos tan raras veces en la mesa!

—¡Vaya un matrimonio ejemplar! dijo, riendo, el esposo de Violeta. Por lo demás, agregó, siento haber tenido que interrumpir la interesante conversación de ustedes, porque de seguro se trata de moños y lazos, pero las circunstancias me fuerzan a ello.

—Muy graves deben de ser, pudo por fin decir Violeta, cuando le obligan a no esperar la hora del almuerzo para ponerse a mis pies, según su amable costumbre.

—No tan graves, que den motivo para esa palidez que noto en tu hermoso semblante. ni para ese temblor convulsivo que agita tu delicado cuerpo. Cálmate, Violeta; se trata simplemente de un momento de separación.

—¿Te marchas?

—Sí, mi mayordomo me escribe reclamando mi presencia en la estancia y no tengo más remedio que dejarte por unos días.

Violeta, alentada por las miradas de su primo, y por el deseo, quizá, de no malograr sus proyectos de venganza, tuvo suficiente fuerza de voluntad para dominar los impetus de su cólera, y afectando la mayor indiferencia, exclamó, tendiendo la mano a su esposo:

—Pues buen viaje, amigo.

La noche siguiente, tarde ya, Violeta llamó a su doncella y la dijo:

—¿Ha venido el señorito Arturo?



DOCTOR FEDERICO PUGA BORNE

Ministro de Instrucción Pública de Chile — (Fotog. Spencer y Cía.)

—No, señora, contestó la doncella.

—¿Qué hora es?

—Las once.

—No puede tardar, y es necesario que nos encuentre vestidas; dame el dominó.

Rosa, la doncella, volvióse para cumplir las órdenes de su joven ama, pero se detuvo de pronto exhalando un grito.

Violeta volvióse también y no pudo reprimir un movimiento de espanto al notar la presencia de un desconocido en su *boudoir*.

—¡Bravo! dijo el nuevo personaje, soltando la carcajada y arrancándose... la nariz. ¡Éxito completo! Ni la mismísima generala es capaz de reconocerme, con todo y ser tan fisonomista.

—¿Cómo! exclamó Violeta, volviendo a la vida; ¿eres tú, Arturo? ¡buen susto me has dado!

—Perdona si me he presentado así... de sopetón; quería cerciorarme del efecto de mi disfraz, y quedo satisfecho.

—Pero, ¿piensas presentarte en el Club con esa nariz postiza? Ya sabes que allí no se admite a los hombres disfrazados.

—¿No piensas tú, en pleno Club, *desenmascarar* a tu marido?

—El alma, pero no el rostro!

—Bueno, pues guardaré la nariz en mi bolsillo, y, si no en el Club, tal vez me sea útil en la calle. ¡Y es una lástima! Presentándome con mi nariz propia, no podré espiar sin ser notado, a mi señor primo y a la señora generala, porque claro que con mi nariz, soy yo, al paso que... No hay que darle vueltas, hija, ¡la nariz es el hombre!

—¿Has averiguado el traje de Malvina?

—Irás disfrazada con un dominó color crema, lleno de lazos rojos, detalle indumentario que no me extraña, porque... ¡es tan aficionada a los lazos! Y a propósito, ¿se ha *marchado* tu marido?

—Esta tarde... ¿Quedo bien con este dominó, primo? ¿qué te parece?

—Lo que me parece es que tu marido hace mal... *en viajar*. ¡Cáspita! estás monísima, Violeta, y tentaciones me dan de enamorarme de ti... El color celeste te sienta a las mil maravillas; es un color... casto; no así el del disfraz de la generala, que con su dominó *crema*, parecerá que ande diciéndome ¡*comedme!*

—Ahora los guantes.

—¡Eso es! Y en seguida al coche.

—Rosa y yo saldremos por la puerta falsa del jardín, pues importa que no se entere la servidumbre de nuestra escapatoria. Sólo está en el secreto mi fiel Brigida, el ama de llaves, con cuya discreción cuento.

—Bueno, pues os espero en la esquina.

Media hora después, los dos primos y Rosa se presentaban en los esplendurosos salones del Club del Progreso, en los que una multitud de bellísimas máscaras y elegantes caballeros se entregaban a las delicias del baile, en medio de una animación extraordinaria y a los acordes de una nutrida orquesta.

Arturo soltó el brazo de Violeta, y mientras ésta y Rosa penetraban en el tocador, el bueno del primo se fué a la guardarropia, a desembarazarse del sombrero y del abrigo.

Pocos momentos después volvió a los salones y buscó con ávida mirada a su prima, pero inútilmente; se metió por entre las parejas, recibiendo pisotones y saludos, y devolviendo saludos... y pisotones; escudriñó todos



DON CARLOS ANTUNEZ

Ministro del Interior de Chile — (Fotog. Spencer y Cía.)

los rincones del Club y en ninguna parte encontró a la que buscaba.

—¿Se habrán precipitado los sucesos? pensó; ¡bah! ¡imposible! El eco del escándalo habría llegado a mis oídos y nada he notado que autorice mi descabellada sospecha.

Arturo buscó de nuevo a su prima, pero infructuosamente también: Violeta se había eclipsado... ¡un verdadero eclipse de sol para aquellos salones!

De pronto sintió en el hombro la ligera presión de una mano suave y en su oído una voz temblorosa que le decía:

—¿Buscas a tu compañera?

Arturo volvió el rostro rápidamente y no pudo reprimir un movimiento de sorpresa, al ver delante de sí a Malvina, con su famoso dominó color crema.

Y aquí conviene advertir que aquel encuentro no disgustó del todo al bello Arturo, pues no era indiferente a los hechizos de la generala, y quizá está circunstancia fué la que le impulsó más poderosamente a denunciar a Violeta los supuestos amores de su marido con Malvina, en la esperanza, tal vez, de deshacerse por este medio de su temible rival.

—Te equivocas, contestó apresuradamente; a quién buscaba era a ti.

—¿A mí?

—Como lo oyes.

—¡Bah! ¿sabes, acaso, quién soy?

—La mujer más bella que he visto en mi vida.

—Para los hombres, todas las mujeres son bellas... excepto la propia.

—Lo cual es una injusticia por parte de tu marido.

—¿Sabes que soy casada?

—Y sé también que no eres feliz con él... ¡claro! ¿cómo has de ser feliz si te triplica la edad?

—¡Bah! los corazones no envejecen.

—Si, pero el amor entra por los ojos y una cabeza coronada de cabellos blancos, se graba difícilmente en el corazón de una mujer joven.

—Mi marido me quiere.

—Y te abandona en visperas de Carnaval! ¡Vaya un marido incomprensible! Afortunadamente, esto no ha sido un obstáculo para que hayas venido al baile, y bendigo tu resolución, porque ella me permite revelarte un secreto, que hacía tiempo pugnaba por subir de mi corazón a los labios...

—¿Un secreto?

—El de mi amor.

—¿Cómo! ¿me amas?

—Con locura!... debías haberlo ya adivinado; pero, sin duda, otra preocupación absorbía tu pensamiento y no reparaste en mí... martirio, porque he sido mártir de los celos.

—¿Estabas celoso de mi marido?

—¿De tu marido? ¡qué ilusión! los maridos no inspiran celos.

—Pues entonces, ¿de quién?

—¿De quién ha de ser! de mi primo.

—¿Del marido de esa sosa de Violeta?

—¡No! poco a poco; mi prima no es sosa; cierto que no tiene tanta *sal* como tú, ni es tan *picante* en la conversación como tú, ni trata a los hombres con tanta *dulzura* como tú; pero así y todo, te juro que a más de cuatro les *sabrá*... a gloria.

—¿Qué apostamos a que también estás enamorado de tu prima? dijo la máscara con mal disimulados celos.

—No lo estoy, pero te prevengo que voy a enamorarme perdidamente de ella, si es cierto que su marido la olvida por ti.

—¿Estás loco? ¿su marido?

—Tengo vehementes sospechas.

—¿Y cómo podría disiparlas?

—De una manera muy sencilla: colgándote de mi brazo y yendo conmigo donde nos guíe el dios... ciego.

—¿Me propones un rapto en pleno baile?

—Sólo así se desvanecerán mis dudas y sólo así sabré si tu corazón se halla libre.

La máscara del dominó crema se resistió al principio, ó al menos, fingió resistirse; pero por fin aceptó el brazo del calavera y cinco minutos después abandonaban el Club y se dirigían a un *restaurant* de las inmediaciones, en el que Arturo pidió un gabinete reservado y encargó una cena.

—Tengo miedo, dijo la máscara en voz baja y con tembloroso acento.

—¿Miedo de qué? preguntó el afortunado Arturo; tu marido está lejos...

—Es que si llegara a descubrirse mi falta, me moriría de vergüenza.

—¡Bah! por de pronto, no pienses más que en morirte... de amor.

Arturo condujo dulcemente a la máscara a un gabinete azul y le rogó que se quitara el antifaz.

—No, dijo ella, después, después...

—Bueno, murmuró nuestro calavera, exhalando un ruidoso suspiro; tendré resignación.

Y pidió la cena.

Y Arturo se quedó petrificado, al ver aparecer, en lugar del camarero, la imponente silueta del general.

—¡Miserables! rugió éste, hecho un energúmeno, y abalanzándose a la amartelada pareja; la denuncia era cierta; no me habían engañado; pero por Dios Uno y Trino que vais a pagar cara vuestra infamia.

—Señor general, dijo Arturo con altivez; entre caballeros no es costumbre dirimir estas cuestiones en el terreno de los insultos, sino en el campo del honor.

—¡Silencio en las filas! ordenó el general, cada vez más irritado.

—¿Y puede saberse, caballero, con qué derecho viene usted a interrumpir nuestro... idilio? exclamó, a su vez, la máscara.

—Con el derecho que tiene todo marido que ve mancillado su honor. Sabía por su doncella Lili que pensaba usted aprovecharse de mi viaje para entregarse a sus deyaños, y suspendí en realidad, aunque no en apariencia, el viaje, y a no ser por el ministro, que ha prolongado la partida de ajedrez más de lo regular, le advierto a usted que en el mismísimo Club, y en pleno salón, habría abofeteado a este... caballero, como le abofeteo ahora.

Y la mano del general cayó sobre la mejilla de Arturo, el cual exhaló un ruidito de rabia.

La máscara se quitó rápidamente el antifaz y el desventurado primo cayó desplomado en un confidente, exclamando con ahogada voz:

—¡Mi mujer!

Te juro que se me han quitado las ganas de intentar nuevas conquistas, decía Arturo, al día siguiente, a su prima. ¡Caramba! Todavía me estremeció al recordar la noche del martes. Y la escena del *restaurant*, con bofetón y todo, no fué nada; no pasó de una bufonada, en comparación con la tragedia que se desarrolló en casa después. ¡Ah! ¡maldita Lili! la culpa es de esa infame que se ha burlado en grande del general y de mí, haciéndonos creer a uno y a otro que Malvina iba al baile con el famoso dominó color crema. Y todo porque no quiero que se case con mi sirviente Paco. Parece que mi mujer desconfiaba de mi fidelidad y al saber la insistencia con que trataba de enterarme de los más mínimos detalles respecto del traje de la generala, formó parte del complot y quiso darme una lección... de solfeo.

—Pero, ¿qué interés podía tener Lili en engañar al general?

—Lili no, pero si Malvina, pues el general es otro que bien baila... y no precisamente en los Clubs, y quiso por este medio hacerle pasar un mal rato, por los muchos que le hace pasar él. ¡Vaya una genticilla! Ya ves, prima, ¡hasta a ti te han metido en danza!

—Afortunadamente, Brigida voló a enterarme del inesperado regreso de mi esposo, que volvía enfermo de algún cuidado, y tuve la suerte de que no se enterara de mi escapatoria. ¡Buen susto pasé! Pero mis angustias de aquellos momentos fueron compensadas con la alegría que produjo en mí la convicción de que mi marido no me engañaba.

—No puedo decir yo otro tanto, porque no creo que me hayan compensado del bofetón... los arañazos de mi mujer. Y el caso es que, con uñas y todo, Filomena me parece ahora más bonita que antes, sin duda por el sabor a mujer ajena que tenía en el baile y por sus esquivas de hoy. ¡Como que desde esta mañana me he dedicado a domesticarla! como lo logre, juro ser en adelante un marido modelo.

—Pues ya ves cómo también has encontrado tu compensación.

CASIMIRO PRIETO.

Marzo de 1897.

ESPERANZAS PERDIDAS

Espera el árbol que secó el estío

Sus flores y verdor;

Espera su corriente el lecho exhausto

De arroyo bullidor.

Espera la avejilla aprisionado

Al firmamento azul,

Alzarse libre y recorrer el cielo

Bañada en tibia luz.

Mas ignoran el árbol y el arroyo

Que su savia y su raudal,

A un tiempo se agotaron en su germen

Y nunca volverán!...

La avejilla no sabe que las rejas

Que cierran su prisión

La detendrán por siempre y que su vida

Será de eterno dolor!

Muérense así en el alma desolada

Harta ya de sufrir;

Fervorosos anhelos de ventura

Ansia de amor sin fin;

Esperanzas que mueren incendiadas

En el fuego vivaz

Del infortunio, cuya horrible llama

Jamás se extinguirá

¡Corazón! acostúmbrate al tormento.

No más vayas en pos

De la esquiva fortuna, que volando

Aléjase veloz.

Serán vanas también tus esperanzas

Mentida tu ilusión;

Tendrás, al fin, la infortunada suerte

Del ave, del arroyo, de la flor!...

JAVIER A. SILVESTRE.

Buenos Aires, Febrero de 1897.

LA ENSEÑANZA MATERNA

La enseñanza empieza en el canto y el lenguaje. Este es la fuerza, que se transforma en vida.

FRÖBEL.

Al magnífico libro de Sheddon, *Las lecciones de cosas*, sutil obra de destreza artística para la enseñanza, precede en algunos países, un conjunto de dulces, sencillas canciones, preliminar instructivo lleno de encanto.

Digan los infatigados cuanto dijeren, es cierto, es innegable, que la familia debe de disponerse celosa y prontamente contra esa funesta desdicha del comunismo del Estado y del comunismo de las masas a ir arrebañando a los individuos, dando enseñanza en montón con clave general, marca única y disciplina de cuartel ó de convento.

Lamentable esclavitud, que sólo podrá evitarse haciendo en cuanto sea posible, por dar a la madre y el padre idea verdadera de la importancia de su misión en la educación de los hijos.

¡Qué gozo el nuestro cuando hubimos de descubrir en las viejas costumbres de Castilla y de Asturias la canción popular educativa! ¡Tan fácil! tan delicada, tan amorosa y tan recreativa como las canciones de otros pueblos. ¡Refiérense las más conocidas al romance religioso ó histórico, y nada, en verdad, tienen que las diferencie notablemente de las usuales en el segundo grado fröbelista...; pero, las que comprenden el período propio de la crianza y primeros albores de la instrucción, son tan tiernas, tan juguetonas... tan lindas, que no hay como ellas en el repertorio anglosajón, el más completo de todos.

Con muy pocas haremos un ramillete, ofreciéndoselo a las madres españolas compatriotas del ilustre maestro San José de Calazanz, el primero que abogó por la instrucción gratuita y obligatoria y por la enseñanza amorosa de los niños.

Ved la gradual importancia de estas canciones de la primera edad. El niño, el glotoncillo, el mamoncillo está despierto. Es necesario dormirlo, y ya nuestro Folk-lore español brindó a Pedro Mata esta cadencia sencillísima que pudo ofrecer como verdadero modelo a las madres.

—A, a a—al niño pequeño, ¡quien le dormirá!—E, ééé—al niño pequeño yo le dormiré.—¡I, iif—al niño pequeño yo le dormi.—O, óóó—El niño ya se me durmió.—Uúú—Al niño pequeño no le duermes tú.—Oóó—El niño pequeño ya se me durmió.

El niño ya se fija en los objetos, ya se entretiene mirando las cosas, y se distrae con los movimientos. Bailando ante él la mano derecha, se canta esta vieja cancioncilla:

—Las escobitas—las he vendido—y el dinerito—me le he comido—me le he comido—me le he gastado—en un vestido—que me he comprado.

Hasta ahora todo es difuso, carece de sentido, la madre vive en la misma existencia de sueño del niño; pero éste llega a apreciar los animales de las cosas; aquellos se mueven: éstos no; aquellos viven... y la primera canción para adormecerle tiene su sentido: es una preciosa cancioncilla asturiana, que dice:

—Vecinos los míos vecinos—los que vivís alrededor—no vistéis la mia gallina—que por la ventana entró.—No la vimos, no—no, vecino, no—yo no siento mi gallina—si el dinero que costó—que siento que los pititos—se queden sin el clo-clo.

El pequeñuelo es vivaracho, se agita, salta, anda, desea jugar; sus risas, su charla son la más pura alegría de la vida, y para este momento vengan al caso dos de las cancioncitas españolas... Una se canta remendando al afilador, otra haciendo que el niño mueva los brazos, según sería necesario para tocar los instrumentos musicales que se nombra.

La primera:—Sesese.—Aflar cuchillos, tijeras—dadme los cuartos para la piedra.—Sesese.—Viva el trabajo—viva la feria.

La segunda:—Mi Juanito toca el bombo—pum, pum.—Toca los platillos—tachín, tachín.—Toca la guitarra—tara, tara.—Toca el violín—tirurirurín.—Toca la campana—talán, talán.—Toca el tamboril—rataplín.

Más llegamos al primer corro de enseñanza, y entonces viene el ya olvidado cantar:—Cinco deditos tiene la mano—cinco deditos que bien lo he mirado,—y diez deditos en las dos he sumado.

—Pulgar se llama el uno—pulgar, pulgar.—Indice el segundo—y sirve para indicar—aquí, allá, allí, allá.—Corazón el tercero—y en él se pone el dedal.—Los anillos en el cuarto—y le llaman anular.—Y al dedo chiquitín—le llaman meñiquín.

Dulcísima vida de libertad, de amor y de paz; germen de progreso, cancioncillas de un pueblo que había comprendido el valor libre, gozoso, de la enseñanza, revelado, entre otros modos por el profundo sentido de la obra de Lope de Vega *La dama boba*... La enseñanza no resulta si no nos llega al corazón.

JOSÉ ZAHONERO.

Páginas Militares

LA CABALLERÍA EN LA GUERRA

(INSURRECCIÓN DE CUBA)

Si en todo momento de la guerra fué oportuno y conveniente y científicamente guerrero, dotar a los que realizan operaciones, de ese elemento tan principal y tan importante, de la caballería, lo es mucho más en el instante actual, en que habiendo arrebatado y conquistado al enemigo sus posiciones de la montaña, se desparrama en su huida por el llano. En el llano no podría vivir ni un día, ni una hora, si tuviéramos caballería en número bastante para no dejarle sosegar, para colocarle en el dilema de aceptar la batalla ó arrojarse al mar.

Que la caballería es siempre utilísima en esta clase de guerras, lo están proclamando los hechos, lo está diciendo la forma en que se hizo la invasión. Una guerra que la hacen los insurrectos huyendo, sustrayéndose a todo encuentro, hurtando el cuerpo de una batalla decisiva, es una lucha que exige la persecución. Y para que la persecución sea tal, para que cumpla las condiciones de eficacia que es lógico pedirle, se necesita un elemento que persiga. Ese elemento no puede ser otro que la caballería.

La caballería explora y la caballería bate. Su acción es doble: descubre al enemigo, obligándole a combatir, y después del combate lo arrolla, lo destroza, lo acosa, lo mueve a las resoluciones desesperadas.

La caballería explora, y de este modo, siempre se está en situación de saber dónde andan las partidas. La caballería explora dominando grandes porciones de terreno, extendiendo su acción a donde jamás puede llegar la fuerza de infantería. Diseminada en extensas alas, que pueden y deben terminar en puntas, no puede escaparse a su descubrimiento ninguna operación del enemigo.

El menor movimiento de éste es sorprendido y apercibido por esas puntas, que luego lo transmiten a las alas de exploración, y éstas a su vez a las fuerzas de combate, a la artillería y a la infantería. La caballería ejerce las funciones que en el cuerpo humano realizan los ojos y el oído, para advertir del peligro, para hacer señal del comienzo de acción a todo el organismo.

El contacto con el enemigo. He ahí la primordial condición que convierte en eficaz la pelea; un género de pelea que sólo siendo continuada puede al fin dar cabal cuenta del rebelde que usa de la fuga como sistema de guerra. De poco puede servir que la acción haya sido sangrienta y la derrota evidente, si, concluido el encuentro, el adversario desaparece y puede más tarde reponerse. Lo que se ha de procurar no es solamente vencer, sino aniquilar, destruir, estirpar la insurrección. Y se la estirparía y destruiría y aniquilaría, si no tuviese ni tiempo ni medios de volver a reunirse y contarse, de marchar por otro lado después de sufrir una ruda lección.

El contacto con el enemigo se puede perder por cualquier causa, por los accidentes del terreno y por su extratragema especial y por su sistema de lucha. Perdido el contacto, el azar es el que lo restablece. Lo que se llama operaciones combinadas, no tienen otra filosofía ni otra razón de ser, que suprimir en lo posible la contingencia y el azar y la casualidad, evitar a todo trance que el enemigo eluda la riña de todos los instantes, la riña que le hará perecer.

No se logra únicamente con la caballería mantener el contacto con el enemigo, sino que se sostenga el contacto y la unidad de acción de las fuerzas propias. Se establece entre ellas una comunicación no interrumpida, por lo que se logra salvarlas de toda sorpresa y que sus movimientos conduzcan a un fin único.

No. Con la caballería no hubiera sido posible lo que se cuenta que le ocurría tantas veces al ejército francés; el caerle las granadas dentro de las ollas de su rancho, cuando ni sospechaban que pudiera hallarse cerca el enemigo.

Y le ocurría, por carecer de ese contacto con el enemigo, base principal, única, insustituible, de todas las campañas. Le ocurría por no tener exploración, por suprimir, erróneamente, lo que son tentáculos de un ejército que le advierten y previenen de todo peligro.

En cambio, los prusianos tenían a sus famosos hulanos, que desempeñaban a maravilla y a conciencia, y con grandes provechos, esa función de descubrir al contrario, de mantenerle en alarma. Cuatro hulanos entraban en un pueblo y sembraban en él el pánico más tremendo. Cuatro hulanos servían de nexo, de lazo de unión entre las columnas y divisiones del ejército germánico.

Aquella guerra se podría expresar como forma última en esa acción, a nada comparable, de la caballería.

Viniendo a esta guerra de Cuba y a los sucesos últimos de ella, yo pregunto: ¿Hubiera sido posible el bombardeo de Artemisa del 22 de Octubre, el ataque a la trocha, si a su vanguardia y retaguardia hubiera habido en abundancia fuerzas de caballería, de descubierta y exploración, que avisasen de la presencia de Maceo? Y si lo hubieran avisado con tiempo: ¿no hubiera sido difícil, si no imposible, colocar el famoso cañón para disparar contra el poblado? Hubiera sido difícil, si no imposible, porque el general Arolas hubiera batido a los insurrectos antes de acercarse en diez, ó en quince, ó en veinte kilómetros, a la línea militar. La primera advertencia de la proximidad del enemigo no hubieran sido los torpedos....

Por eso mismo hemos pedido, y con nosotros creemos que pidenlo desde el general en jefe hasta el último capitán, mucha caballería. Mucha caballería, para que los insurrectos, al ser desalojados de las lomas, se vean precisados a dar la cara ó a tirarse al mar.

Hablamos convencidos. Los hechos han hablado y éstos proclaman, que con ocho ó diez mil soldados más de caballería enviados por la península, tan pródiga en sacrificios, se lograrían, como al cabo se han de lograr de todas suertes, excelentes resultados.

Y no se diga que faltan caballos, porque no se han agotado aun en la misma provincia de Pinar del Río, que en este caso de la guerra ha probado cuán grandes eran sus recursos de todos géneros. Allí había de todo, y ni los mismos insurrectos sospechaban lo mucho que había. La requisita todavía puede producir venturosas sorpresas. En último resultado, cerca de Cuba hay medios de proveer a esa necesidad de caballos.

Ya en esto se ha recorrido la mitad del camino, que no se halla nuestro ejército, como en las circunstancias de la invasión, han desprovisto de caballería. Hágase lo que falta que hacer para andar ese camino por entero, para que invertidos los términos de la fórmula, sea el soldado español el que esté a caballo y el insurrecto el que huya a pie.

Pedirlo a la opinión, reclamarlo del Ministro de la Guerra, es conseguirlo. El oficio de la caballería en esta clase de guerras puede ser decisivo. Díganlo Gurko con sus éxitos en luchas parecidas. Díganlo todos los hechos de la lucha actual y de la pasada.

Digámoslo, por fin, en alabanza del noble instituto. La caballería, además de todas esas razones que la abonan y la ensalzan, tiene aun un elemento más importante en su favor, dado este clima inclemente, y es que se ha observado que da esta arma menor contingente, aun habida cuenta de todas las proporciones de su más ínfima cantidad dentro del total del ejército, a la fiebre amarilla, al paludismo, a las tremendas pestes infecciosas que asolan nuestras tropas y las inutilizan sin pelear.

Ved el cuartel del Pilar, a la vanguardia de la Trocha. Allí todo el mundo se mantiene relativamente sano y vigoroso y como combatiente, en tanto que caen a puñados los soldados de infantería. Por qué es éso, no sabré explicarlo; pero acaso se hallará la explicación en la índole de los servicios que prestan respectivamente ambas armas. Mientras el jinete circula y se mueve, el infante se clava al suelo, en constante vigilancia. Mientras el jinete tiene en el caballo su auxiliar, y su defensa, el pobre soldado de infantería camina despeado.

LUIS MOROTE.

En la Trocha, 1896.

EL REY DE LA CASA

(HISTORIA DE UN NIÑO)

AUGUSTO fué desde pequeñito mi cliente predilecto. Yo quería a sus padres con verdadera pasión. Se casaron muy enamorados, en edad madura, fui testigo de su boda y de la inmensa felicidad que experimentaron cuando les nació el primogénito. *Mi único hijo, nuestro Señor*, como le llamaba con cierta gracia el padre, hombre de ideas geniales y alma de artista, enquistado en un modesto destino de Hacienda, que atrofiando poco a poco las brillantes dotes reveladas en la juventud, le convirtió en un razonador vulgar, algo desorientado por rápidas y mal digeridas lecturas.

La madre había sido profesora de idiomas; tenía un buen sentido práctico y conocía el precio de la vida, pues supo ganársela honradamente; de suerte, que al emprender el aprendizaje de la lactancia de su hijo, no se dejó influir, como su marido, por las odiosas preocupaciones populares, que, como polilla destructora invaden el hogar, cooperando a la muerte de muchos desventurados niños; siguió ciegamente mis consejos y se consagró en cuerpo y alma al hermoso arte que, por aquel entonces, llamábamos *Puericultura* unos cuantos apóstoles científicos enamorados de la infancia, especialmente de la más abandonada y andrajosa, en favor de la cual emprendimos valientes campañas protectoras.

No muy vigoroso al parecer, pero de tempera-

mento vibrante y precoz, fué durante la segunda infancia el pequeño Augusto, despota adorado y no siempre adorable, cuyas palabras eran comentadas como si fueran frases de augur; cuyos deseos eran órdenes terminantes y cuyo régimen educativo se descuidaba de modo lamentable, por el culto idolátrico que le profesaban aquellos amigos míos.

Yo no era *santo de la entera devoción* del chico, al decir de su padre, cada día más apegado a todo lo rutinario, que él consideraba *eminente mente práctico*.

Efectivamente, yo representaba en la mente infantil del tiranuelo, el poder indiscutible que le sumía a destiempo en las tibias sábanas, y le sacaba de ellas para sufrir las caricias del agua fresca; yo era quien le imponía dietas severas, bebidas amargas y otros molestísimos *répices* por él heroicamente rechazados, pero introducidos a la fuerza por la inflexible madre en las desgovernadas entrañas. Mi antiguo condiscípulo transigía a regañadientes impulsado por la *fuerza de la circunstancia*, mis órdenes estratégicas; pero, «partidario convencido» del *sabio precepto de Horacio*, como repetía a cada paso, me desesperaba con su insensato afán de enmascarar con tanto *dulce* lo verdaderamente *útil*.

Una noche de Reyes celebró con una gran comilona un pequeño ascenso en el Ministerio; se partió la clásica tarta, y—¡oh coincidencia de la voluble fortuna!—en el trozo que correspondió al niño, estaba la figurilla que le consagró el Rey. Todos se apresuraron a darle a beber Champagne en las copas respectivas, le atracaron, besuquearon y vitorearon, y tantos excesos hubieron de perpetrarse, que a los pocos días tuve que asistirle en la más aparatosa enfermedad de toda su vida.

Enturbióse su cerebro con delirios y pesadillas, agitóronse sus delicados miembros con tremendas convulsiones, al compás de una fiebre sin freno; yo mismo llegué a perder la serenidad ante el angustioso espanto de los pobres padres, y durante las numerosas consultas motivadas por su grave situación, convinieron todos que importaba mucho, en lo porvenir—si el chico escapaba con bien—dar vigor a aquellos miembros y poner a media mecha la luminosa inteligencia que amenazaba consumir en poco tiempo toda la savia orgánica.

El bueno del muchacho, al restablecerse con igual rapidez con que enfermó (cual suele ocurrir en tales casos), *me cobró*, según la frase paterna, un entrañable cariño, quizá por mi energía bondadosa, pues todo ser débil gusta sentirse dominado mansamente. Yo le llamaba el *Rey de la casa*, y preciso es confesar, que para bajarle los humos, quebrantar su voluntad y hacer de él cuanto yo quería, me bastaba dar irónicamente tratamiento de majestad al gran Augusto.

Al pobre reyecito hubo que llevarle a la orilla del mar, ocasionando con tal motivo bastantes gastos a sus nada acomodados padres. Estos no perdonaban esfuerzos ni sacrificios en su provecho; en lo que no estaban de acuerdo, era en el problema de la instrucción.

El padre se negaba a enseñarle cosa alguna y hasta pretendía *«embrutecerle»* para evitar el *surmenage* y la meningitis. La madre quería que se desarrollara físicamente; pero acostumbándole a un constante y moderado trabajo intelectual.

—¿Y si se nos muere?—exclamaba exaltado mi amigo.—¡Qué remordimiento eterno para nosotros!

—¿Y si vive?—replicaba con energía su mujer.—¡Qué tremenda responsabilidad para el porvenir!

Entretanto, quien murió casi repentinamente fué el probo funcionario. La infeliz viuda, agobiada por el dolor, pero no abatida, consagróse en cuerpo y alma a su hijo, trabajó sin descanso para terminar su educación primera, y colocándole en un colegio, donde se preocupaban mucho de la vida física y se hilaba muy delgado respecto a disciplina social, contribuyó con una dulce severidad a desvanecer los yerros del pasado mimo.

Aquel niño tristoncillo y mal humorado, de carita pálida, largos y sedosos rizos rubios, de cuerpo flaco, exangüe, falto de energía y de perezosos andares, vióse convertido en un robusto adolescente de cabeza rapada y erguida, activo como un hombre, alegre como un niño, y trabajador como su madre. El oxígeno del campo coloreó sus mejillas, la luz bien regularizada de la razón, brillantó su privilegiado cerebro.

Muchos de vosotros le habéis conocido y admirado. Es una de la más legítimas esperanzas de nuestra España: esta madre amantísima cuyos tiernos hijos necesitan una regeneración tan radical como la de mi predilecto cliente.

Y os digo esto, porque veo con dolor que, respecto a los niños del día, ó se descuida su educación física, para crear con fines utilitarios precoces pedantes sin sabiduría y artesanos sin arte, ó se les deja secar el corazón y atrofiar las potencias del alma con el ansia de hacerlos fuertes.

De aquí resulta, que en los ignorantes sin fe y sin ideales, anida la ambición malsana, cuya ley es la brutal lucha por la existencia, no reparando en los medios, y que en los intelectuales sin vigor orgánico, eternos vencidos de aquella ruda batalla, se ceba la degeneración vulgar, más extendida de lo que se cree, precursora de la muer-

te prematura. En suma: que el tan cacareado precepto: *Mens sana in corpore sano*, lo dejáis sin realizar entre unos y otros...

Así se expresaba antes de morir un médico desengañado, cuyo ideal consistió siempre en que la familia en el hogar y la nación en sus Asilos y Escuelas se preocuparan de la crianza física, intelectual y moral de todo niño rico, pobre, huérfano ó desamparado, entonando su organismo, haciéndole amar el trabajo que vigoriza, inculcándole la fe que vence, y considerándole, para los efectos legales y de protección, como al verdadero *Rey de la casa*.

MANUEL DE TOLOSA LATOUR.

¡CARIDAD!

En torno del magnífico piano de concierto que tanto lustre daba al elegante y suntuoso salón de la Generala, hallábanse, a más de las tres hijas de ésta, Pepita Jiménez, Concha Fernández, Lola Susini y la encantadora rubia Purita Virasoro.

Trozos escogidos de los más afamados autores, ligeras piezas de baile y hasta desaliñados aires populares, habían sido repetidos profusamente por las sonoras notas del rico instrumento, arrancadas hábilmente por las interesantes cultivadoras del sublime arte, confundiendo sus risas alegres y juguetonas con las oleadas de armonía y las cadencias del piano.

En otro extremo del espacioso salón, la voluminosa Generala, vistiendo un transparente *matiné* blanco, hacia las delicias, con sus coquetas narraciones, de Elvira Montaña y de las dos eternas aspirantes al matrimonio Casta y Susana Montalván.

Teodora Ontivares, la insaciable bailarina que era feliz solamente, según su textual declaración, mientras giraba al compás del voluptuoso *wals* adormecida por los mareos de la danza, ella misma, en cuerpo y alma, por vez primera quizá, se mantenía sosegada y silenciosa en otro apartado extremo del salón, leyendo, al parecer con grande atención, el «Día Social» de *El Correo de las Niñas*.

Cuando hubo leído la última línea de la expresada sección, hizo una mueca de soberano desprecio, murmurando con irritado acento:

—¡Imbéciles!... ¡Ni un baile, ni una kermesse, ni siquiera un miserable recibo anuncian!... Todo se vuelve, puros fallecimientos sensibles, sepelios concurridos, honras fúnebres solemnes!... Si esto hiede a cementerio!... ¡Y se atreven ridículamente a titular a esto de «Día Social»!... ¡Vaya un Día Social!... «Día de Difuntos» debieran llamar a éstos, los derramatintas!...

Y pasando, en su creciente indignación, de las palabras a las vías de hecho, iba ya la enfurecida sacerdotisa de Tersícore a arrojar sobre la alfombra al infortunado *Correo de las Niñas*, cuando, sin pretenderlo, sus ojos fueron atraídos por una noticia que con varios y vistosos títulos traía estampado en sus últimas columnas el precitado periódico.

Algo muy interesante debió ser lo que narraba la publicación, á juzgar por la profunda atención con que leyó el escrito.

Cuando terminó la lectura, su rostro ceñudo é iracundo un momento antes, se había calmado como por encanto, y después de permanecer meditabunda algunos instantes, cual si preocuparan su mente graves asuntos de estado, una sonrisa placida iluminó, de pronto, su rostro y con la mirada radiante de placer se irguió altiva y soberana, exclamando con voz vibrante de entusiasmo:

—¡Eureka!... ¡Eureka!

Como por encanto, apagóse la voz y las risas de la Generala y de sus acompañantes, y el piano, que en aquel momento ejecutaba un *Schottisch* furioso, se detuvo, también, instantáneamente, corriendo las del piano y las que rodeaban á la Generala, azoradamente hacia la insigne bailarina á imponerse de la causa que había motivado el grito lanzado tan inusitadamente por ésta.

La sacerdotisa de Tersícore dirigió á la femenina horda la siguiente proclama:

—Alegraos, si, alegraos, compañeras mías: pues, por fin, el destino pródigo os brinda una hermosa ocasión de entregarnos al placer... al justo placer de la danza, único acibar que endulza las amarguras de la misera existencia humana. Ya no os quejaréis de la negligencia social que nos abruma. La ocasión se nos presenta... Tomémosla prontamente, porque á esta señora la pintan calva. Oid lo que dice el diario que tengo en mis manos:

«Con verdadero dolor vamos á dar cuenta á nuestros lectores de una horrible catástrofe que ha ocurrido ayer en el vecino pueblo de X... que ha venido á cubrir de luto y de lágrimas á una veintena de familias, que hoy se encuentran presas de la mayor miseria.

«Sin conocer el origen, el fuego se apoderó de la casa de un vecino de X... siendo presa de las voraces llamas en poco tiempo, comunicándose rápidamente á toda la cuadra.

«Impulsado el fuego por el fuerte huracán que reinara ayer, su acción se hizo irresistible, siendo tan rápida su marcha destructora que casi nada pudo salvarse de su insaciable voracidad.

«Y lo más triste del hecho es que dos ancia-

—¡Si, tomémosla desde ahora!—exclamaron todas las jóvenes beldades, observando con mirada ansiosa á la Generala, en medio de los mayores transportes de júbilo.

—¡Apoyado!—contestó ésta—Apoyado, pero sólo á condición de que el baile se dé en mi casa.

—¡Hurra! ¡Hurra!

El júbilo ya no tuvo límites ante desprendimiento tanto y tan conmovedor acto de caritativo desprendimiento de la robusta Generala.

Pepita Jiménez, en un transporte de entusiasmo *nobilísimo* por cierto, puesto que él era *inspirado por la caridad*, se sentó al piano y tocó con fuerza un *wals* de los más vertiginosos de su repertorio, y á cuyo compás danzaron furiosamente todas las *caritativas* bellezas allí reunidas.

Cuando se hubo restablecido la calma, Teodora Ontivares reunió á todas sus compañeras en un rincón del salón para tratar seriamente lo referente al *caritativo* proyecto anunciado.

—Lo primero que debemos hacer—dijo Teodora,—es llevar al seno de esta reunión á Paquito Ruiz, para que en la sección «Día Social» del *El Correo de las Niñas*, que está á su cargo, una vez impuesto de nuestra adhesión á la idea lanzada por su diario, dé cuenta, mañana mismo, de nuestra resolución, dándonos los *bombitos* del caso, y poniendo por los cuatro cuernos de la luna, nuestra *flamante* iniciativa.

Como si hubiera sido evocado por algún *mediums* influente, apareció, en el momento en que la joven hubo pronunciado estas palabras, el mismo, el mismísimo Paquito Ruiz, cronista social de *El Correo de las Niñas*.

Con su risita mujeril, sus maneras estudiadas, y sujeto, hasta en las menores, á las exigencias de la moda, se detuvo frente al grupo de niñas, Paquito Ruiz, contestando con afeminada cortesía á la bullíciosa acogida que las del grupo le hicieron.

—¡Cuando se habla del rey de Roma, luego asomal exclamó Concha Fernández, al mismo tiempo que envolvía en su más seductora sonrisa al *dandy* colaborador de *El Correo de las Niñas*.

—¿Tanto honor?... ¿Se han dignado ustedes acordarse de mi modesta personalidad?... Si ello es así, me conceptuaré desde hoy el más feliz de los hombres... Pero ¿podría conocer el motivo de tanta dicha?

Dijo todo esto Paquito Ruiz, de una pieza, inclinándose, en cada interrogación, ante las jóvenes.

Estas impusieron al elegante cronista de salón, de todo lo que había pasado; lo que, una vez oído por éste, sonrió placidamente, admirando con frases melosas tan *caritativas* anhelos.

Hablando del asunto, refirió que animados de igual *caritativo* propósito, se habían reunido varios *dandys* en el Café Colón; donde, después de mucho discutir, se había resuelto hacer un llamamiento á las damas para que iniciaran alguna fiesta á beneficio de las *pobrecitas* víctimas del horrendo incendio.

Unánime y entusiasta fué la adhesión que encontró en la alta sociedad el proyectado *baile de caridad*, encomiando á profusión todos los diarios la sublime, la incomparable caridad de las distinguidas y encantadoras señoritas que se habían echado sobre sí el *grande y cruento sacrificio* que daría por resultado, mucho pan y mucho consuelo para las infortunadas víctimas del incendio de X...

Estos encomios y admiraciones se repitieron con gran profusión una vez que se hubo realizado el *baile de caridad*, el que estuvo espléndido, tan espléndido que Paquito Ruiz, al hacer al día siguiente la crónica de la grandiosa fiesta, no pudo dominar su entusiasmo, el que, en uno de sus más *sublimes* arranques, le obligó á exclamar:

«Ante belleza tanta; ante tan sublime y grandioso espectáculo (se refiere al espectáculo del baile) uno se siente tan gratamente conmovido, que, venciendo toda valla, el labio no puede menos que exclamar: ¡Bendita catástrofe la que tan hermosa, tan incomparable fiesta nos ha proporcionado!

«¡Oh, poder de la caridad, hasta dónde elevas los corazones!

«Con razón se os llama «Hija del cielo.»

Las desgraciadas víctimas de la catástrofe ocurrida en X... recibieron, por cierto, muchos con-

REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY



MUELLE DEL BALNEARIO "LOS POCITOS"

(Fotog. de Luis Pastorino)

nas, cuatro niños y dos vecinos de los que combatían el incendio, fueron víctimas del fuego, quedando sus cuerpos aplastados bajo los escombros de dos de las casas incendiadas.

«Tenemos, pues, ocho víctimas y una veintena de hogares sin techo y sin pan.»

«Toca, ahora, ante tanta desgracia é infortunio tanto, á nuestras caritativas damas, cuyo corazón siempre se halla abierto á los nobles sentimientos de caridad, iniciar algo, una fiesta de cualquier género, para obtener recursos con que llevar un alivio á las infortunadas víctimas de la horrenda catástrofe de que acabamos de dar cuenta.»

Teodora puso fin á la lectura, paseando enseguida una mirada de triunfo sobre su auditorio.

—¡Un baile de caridad!—exclamó Concha Fernández.—¡Oh! un *baile de caridad* se impone en bien de esos pobrecitos.

Todas las demás beldades, incluso la Generala, exclamaron en coro y batiendo estruendosamente las palmas de las manos, en señal de aprobación y aplauso entusiasta por tan *caritativa* idea:

—¡Si, si, que se dé el *baile de caridad* por esos pobrecitos!

—Tomemos inmediatamente la iniciativa de la idea, dijo Teodora, moviéndose agitadamente, cual si ya hubiera empezado á girar al compás del vertiginoso *wals*.

suelos...acompañados de algunos centavos.

Sólo la caridad quedó... ardiendo de vergüenza y de dolor, al verse tan grosera, tan ruímente prostituida por la hipocresía más audaz y descarada.

X.

HARAS "LAS ORTIGAS"

La producción del caballo puro, del *caballo inglés*, justamente celebrado por ser los hijos de la rubia Albión los que han llegado al tipo más perfeccionado de la raza caballar: he aquí el problema que entre nosotros, en la República Oriental, en Chile y hasta en el Brasil mismo, se persigue.

Los prados naturales de la República Argentina, fácilmente transformables en praderas artificiales; su clima, propicio a la producción, reproducción y cruce de razas; y el entusiasmo de nuestros ganaderos, han obtenido en pocos años los resultados perseguidos, y la actividad de nuestros hipódromos en los dos últimos años, bien altamente lo comprueba, corriéndose caballos de tipos clásicos, por su resistencia, esbeltez y brillantes cualidades.

No levanta aun, entre nosotros, el *sport* hipico, el entusiasmo de los pueblos europeos, pero no por eso, es menos, intensa, ya que no tan general, la afición y la aplicación de cuantos principios, conocimientos y medios son exigidos para obtener caballos de sangre pura, y de aquí el considerable número de criadores, con instalaciones superiores y con hombres competentes y especiales, que producen en el año buena cantidad de *uros* que brillan en los hipódromos nacionales y extranjeros y se exponen luego como padrillos y bases de nuevas *haras* que se implantan.

Entre las *haras* más acreditadas, débese citar la de «Las Ortigas», propiedad del señor don Ignacio Correas (hijo), próxima a esta capital, y cuyos productos dan en las carreras y en todas partes, patentes muestras de su superioridad y valía.

Instalada la Cabaña citada a diez minutos de la estación Morón del F. C. del O., y organizada a la europea, ocupa una altiplanicie con una extensión de unas 150 cuadradas, estando el establecimiento dividido en diez potreros cuya aplicación es la siguiente:

Cuatro destinados al pastoreo de los animales: uno para los potrillos de año; otro para las potrancas de la misma edad; un tercero para las yeguas madres; y el cuarto, para las vacías ó en observación.

Estos potreros son todos alfalfados, cercados de alambre tejido unos, y otros forrados su alambrado en madera, ambas cosas para evitar accidentes en los animales.

Tres en iguales condiciones a los anteriores para alternarlos y cambiarlos cuando el tiempo ó el estado del campo lo requiera; sin perjuicio de aprovechar su tierra para cosechar en el año varios cortes de alfalfa que se empaja como reserva ó se destina, según su calidad, para cama de los respectivos boxes.

Otros tres potreros de prado natural, sumamente útiles en ciertas épocas del año en que los caballos prefieren los pastos naturales a la alfalfa, para los animales generales del servicio del establecimiento y para desahogo en muchos casos de los otros potreros.

Los cercos, alambrados, tranqueras y todo lo que cierra cada uno de estos potreros, sobre todo los que están destinados al pastoreo de las yeguas con cría al pie y a los potrillos de año, son cuidadosamente protegidos por alambre tejido ó madeira, y las horas del pastoreo están sujetas a reglas precisas para conseguir una buena y regular alimentación al aire libre.

Todos estos potreros, con excepción de dos que se hallan separados del casco del establecimiento por un camino, convergen por tranqueras a los galpones donde están los boxes que sirven de albergue.

LA GANADERIA EN LA REPÚBLICA ARGENTINA



Provincia de Buenos Aires — HARAS "LAS ORTIGAS"

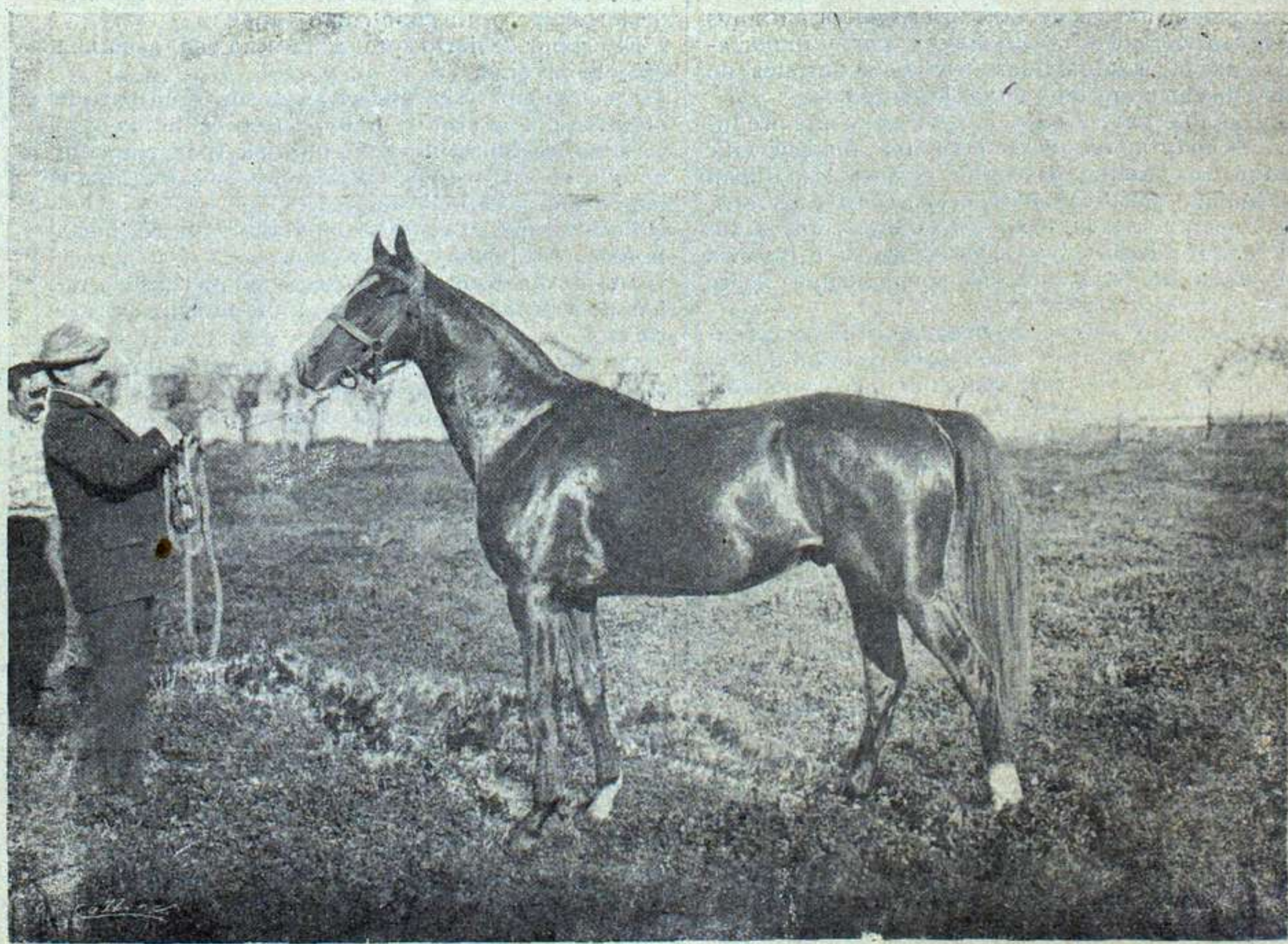
Propiedad del Sr. D. I. Correas (hijo)

Estos galpones, que contienen unos cuarenta de ellos, ocupan dos lados de un cuadrado, estando hacia otro el galpón independiente donde se hallan los de los padrillos y los destinados para las yeguas, en el momento de la parición.

Estos boxes de los padrillos son especiales por lo espacioso, por el pulimento de sus paredes, por su abrigo y la cama elegida que tienen de pavimento.

exclusivamente a los potrillos y potrancas en estado ya de preparación para la venta, cuyos galpones comunican por una calle de árboles con la pista donde se les hace trotar y evolucionar al objeto de prepararlos.

Figuran actualmente dos padrillos en la cabaña «Las Ortigas», dos ejemplares clásicos de *pura sangre*, abonadas sus condiciones con los antecedentes de su ilustre prosapia.



NEAPOLIS — Reproductor del HARAS "LAS ORTIGAS"

Los destinados a las yeguas cuya parición se espera son también conocidos por sus paredes acolchadas, cuidadosamente tenidas y sujetas en las oportunidades debidas a una continua vigilancia, sobre todo de desinfección, para evitar a las madres ó a los potrillos las enfermedades que pudieran sobrevenirles por falta de observancia a las reglas de la antisepsia para tales casos.

En este galpón y sobre los boxes descriptos, habita el cuidador de los padrillos con un peón, desde donde puede vigilar en cualquier momento a éstos ó a las yeguas próximas a parir.

Otro lado del rectángulo está ocupado por la casa del Mayordomo, quien está cerca de los animales, y en sus dependencias guarda los instrumentos de labranza, taller de carpintería, herrería, y al fondo la botica, para casos de urgencia.

El último lado del expresado cuadrado es un alambrado ordinario que le separa del jardín, el que se extiende al frente de la casa que ocupa el propietario del establecimiento. Es este jardín un parque que se extiende hasta la casa, la que aparece como incrustada en la espesa arboleda de que por sus otros lados se halla rodeada, destacándose su mirador blanco sobre el verde de distinto matiz de los eucaliptos y carolinos que por ese lado la circundan.

A espaldas de la casa y hacia el costado opuesto al parque, se extiende un monte de árboles diversos, que parecen graduales desmembraciones de la gran calle de eucaliptos que da acceso a la vía pública.

Situada en tal manera la casa y despejado su frente en dirección a los potreros mencionados, ofrece la ventaja de dominar desde el mirador, y en cualquier momento, toda la extensión donde pacen las yeguas y sus crías.

Como complemento de las mencionadas instalaciones y rodeados de un monte de paraísos, hay dos galpones destinados

El primero y más mimado de tan interesantes pensionistas es *Neapolis*, que es un caballo zaino de formas enérgicas y armónicas; cabeza seca y bien cortada, cuello delgado, flexible y bien musculado; con unas espaldas que no se sabe que admirar más en ellas, si su amplio y vigoroso desarrollo, ó sus inclinaciones perfectas; el tren posterior unido al anterior por un lomo corto, recio y bien soldado; la caja de su cuerpo abultada y saliente revelando la holgura con que se han desarrollado sus órganos internos; sus músculos bien diseñados bajo la piel, de una tensión armónica, contrayéndose ó cediendo en cada movimiento con una nerviosidad llena de fuerza, de vigor y de rapidez, y todo su cuerpo, descansando sobre canillas secas y delgadas, con sus fuertes manojos de nervios que van á perderse en sus extremidades limpias y flexibles.

Neapolis es manso y dócil en el box; fuera de él es difícil de dominar; el aire libre le hace dilatar sus narices, su pescuezo casi recto se yergue, su ojo negro é inquieto parece querer dominar la distancia, y en cada paso que da se manifiesta todo el poderoso vigor de su estructura.

Este padrillo es un verdadero tipo clásico y representante notable de la nobilísima sangre de que descende, producto á su vez de la selección inglesa para llegar á ejemplares tan notables como sus antecesores.

Neapolis es hijo de Springfield y Napoli, de alta alcurnia; hermano de grandes ganadores en Inglaterra, ganador él también y segundo en dos de las mejores pruebas de potrillos.

Retirado de la pista y llevado al haras, ha demostrado excelentes condiciones como reproductor, transmitiendo sus cualidades á sus descendientes, y dominando su fuerza, su temperamento en las crías que ha producido.

Testimonios son los hijos que ha dado en el corto tiempo que lleva de reproductor, los que han sabido conquistar entre nosotros el primer puesto entre los potrillos ganadores.

Grandes esperanzas funda en este padrillo su propietario; esperanzas que ya tienen la base de los primeros éxitos, alcanzados por los hijos de *Neapolis*, demostrando sus condiciones extraordinarias, directamente adquiridas de su padre.

El otro padrillo del haras es *Saumur*, hijo de Dollard y Finland, hermano de caballos notables y bien conocidos. Es un gran caballo zaino, de formas irreprochables, de alzada notable, animal de caja fuerte asentada sobre patas finas y flexibles; sus movimientos, al par que revelan fuerza y viveza, denotan verdadera nobleza y aun elegancia en sus ademanes, y por más que los entendidos reconocen en *Saumur* un tipo correcto, y un buen sucesor de Dollard, dicen que tiene el mismo defecto de sus antecesores; es escaso de costillas, lo que denota cierta estrechez de estructura, que se hace más perceptible comparándolo con *Neapolis*, cuya amplitud en este punto es notable.

Saumur ya era reproductor en Francia, cuando fué adquirido para traerlo á la República; allí ha dejado productos que se hicieron famosos: *Clamar*, ganador del grand prix de 1889 y en todas las carreras del año, en que tomó parte: *Rachemir*, *Natalie*, *Kiel*, que dieron esplendidos resultados.

Entretanto, basta ver á *Saumur* para comprender que puede dar hijos notables como forma, como corrección y como elegancia, siendo en este sentido una buena esperanza para el porvenir de nuestros caballos.

Forman el harén de tan interesantes sultanes cuarenta yeguas puras, la mayor parte importadas, y las otras adquiridas en el país después de haber hecho su prueba en los hipódromos.

Agradable impresión es la que tiene que producirse en todo aquel que se preocupa del porvenir de nuestros productos, viendo como se modifican las rancias prácticas para criar nuestro caballo, como se aplica el capital á ese objeto, y los cuidados y prolijidades que se ponen para que nuestra raza caballar reaccione en poco tiempo sobre nuestro *criollo* degenerado.

Y hagamos votos, al terminar, porque comprendiendo todos nuestros ganaderos y criadores la importancia de la raza caballar perfeccionada, nos presenten en breve futuro, el halagador horizonte que vislumbra la fantasía al anotar la halagüeña impresión de un establecimiento de tan alabados elementos como la cabaña «Las Ortigas», á cuyo propietario enviamos, desde estas columnas nuestros plácemes y felicitaciones.

JAMES MAX.

LAS TERNURAS DE LA MUERTE

(CUENTO)

ERA un pueblecito, casi una aldea; en un repliegue del monte, se escondía humilde y temeroso, como el que huye del mundo y del bullicio.

Y nadie en el mundo se acordaba de aquellas cuatro casuchas ocultas entre árboles añosos y

arrebujadas, acaso para taparse mejor, con enredaderas y emparrados.

Nadie se acordaba, pero hay un ser que nunca se olvida de nada ni de nadie: en buena memoria, no hay quien iguale á la Muerte.

¿A qué cita no acude? ¿Cuándo se ha retrasado? ¿A quién hizo esperar si le llegó su hora? ¡Parece imposible que en el hueco de un cráneo vacío quepan tantos recuerdos!

Pues era una tarde de invierno y la Muerte se metía presurosa por el repliegue del monte. Iba de cara al viento, un viento de esos que, por venir rastroños, traen remolinos de polvo, y el polvo se le metía, no diré por los ojos, pero sí por los concavos, á la vieja de las agonías. Por eso, sin duda, se le pusieron aquella tarde los ojos tiernos, si vale la palabra. Hubo un momento en que se le metió un moscardón, que anduvo revoloteando por la pequeña caja huesosa, hasta que lo sacó con la punta de la guadaña: hay moscardones que nada respetan.

Entró al fin la Muerte en la aldea, y después, en una de esas casas más pobres, entre tantas de humildad y pobreza.

En aquella casa vivía una abuela muy vieja, con su hija, joven todavía, y con una nietecilla de pocos años.

La abuela lloraba: agonizaba la hija y á la nieta la entretenían unas vecinas.

Como no se esperaba más que la llegada de la Muerte para que aquello acabase, aquello acabó en cuanto entró la siniestra viajera.

Se acercó á la cama, y tenía ya tan poca vida la pobre joven, que la Muerte no hizo más que darle un beso en los labios, y el beso se confundió con el último suspiro: aquél helado, aun tibio éste; después helados los dos.

Se asomó la muerte á la ventana y no se atrevió á salir de la casa: el viento era cada vez más frío, más fuerte y más polvoriento. Resolvió pasar en aquella casa la noche, se acurrucó en un rincón de la salita, que comunicaba con la alcoba y se decidió á dormir; que por más que digan á veces también hecha sus sueños la Muerte. Y sus sueños son muy curiosos: alguna vez los contará.

No cerró los párpados, porque no los tiene su descarnada calavera; pero apretó los bordes de los concavos, los juntó todo lo que pudo y los huesos se le llenaron de sombra: durmió. Algunas horas después despertó; porque la Muerte tiene el oído muy fino, como que es la única que oye á las almas cuando se escapan del cuerpo, á veces llorando, otras veces riendo. Despertó, porque oyó un pequeño ruido.

En el centro de la sala, en el suelo, estaba en su ataud la muerta; vestida de negro, con las manos en cruz y pálida como la cera; en los cuatro extremos, cuatro velas encendidas.

La abuela, abrumada de cansancio y de dolor, se había llevado la niña á una habitación próxima, y se había quedado dormida; ¡pobre vieja! había velado muchas noches y además la Muerte estaba cerca y alrededor de ella anda siempre el sueño.

La niña se aprovechó del sueño de la abuela, se le escapó de entre los brazos y se fué á la cama de su madre; el ruido que hizo al entrar fué el que despertó á la Muerte.

La Muerte miró con curiosidad á la pequeñuela.

La niña llegó á la cama, se empujó cuanto pudo y miró con la cabecita á ras de las sábanas, la cama solitaria; ante el pequeño ser se extendía como llanura helada en noche de invierno: su madre no estaba en ella.

La Muerte pensó que en la vida hay muchos desiertos, pero ninguno como aquél.

El primer desierto que á la niña se asomaba era el mayor.

Y se conmovió la Muerte algo, sin duda porque el polvo del camino le había entenebrecido los ojos.

Como la Muerte no tiene nervios, toda emoción en ella se traduce por crugimiento de huesos; y los crugió el esqueleto.

La niña oyó el crugido; se volvió y miró hacia la sala. Vió luces y allá se fué.

Junto á la Muerte pasó, pero sin verla; los niños no ven nunca la Muerte, aunque con ella se rocen.

En pie quedó la pobrecilla contemplando el cuerpo inmóvil de su madre.

Al pronto no la conoció; luego sí, y empezó á llamarla muy bajito:

—¡Mamá!... ¡Mamá!...

La Muerte enderezó su esqueleto y observó.

La niña seguía llamando á su madre, pero sin atreverse á tocarla; la inmovilidad y el silencio la daban miedo.

—¡Mamá, mamá, despierta! ¡Tengo frío! ¡Déjame echar contigo!

Á la Muerte se le estremeció otra vez toda la osamenta y enclavijó las huesosas falanjes de las descarnadas manos en los huesos de las secas costillas. Si hubiera tenido corazón, al corazón hubieran llegado los dedos. Pero la Muerte no tiene corazón.

Al fin la niña se arrodilló junto al cuerpo de la madre, y con la tibia manita hizo una caricia en aquel rostro más frío que el mármol, pero la retiró con terror diciendo: —¡Fria... fria... mamá, estás muy fria!

La Muerte, que nunca desea nada, tuvo un deseo: poder dar calor á la cara de la pobre madre, para que la niña no dijese que estaba fria.

Y se empezó á restregar las manos una contra otra, pero por más que hacía los sarmientos huesosos siempre estaban helados.

Vencida en este empeño se puso las manos delante de la boca y en ellas hechó el vaho: empeño también inútil, era vaho de sepultura en noche de nevada.

Entonces le ocurrió una idea, acercó las manos á la llama de una de las luces; pero la luz se apagó.

La Muerte se dió por definitivamente vencida; alguna vez lo ha de ser.

La niña seguía llamando á su madre con monotonía de péndola de reloj ó de corazón que late.

La Muerte abría y cerraba la boca al mismo compás. Es decir, la boca no: lo que hacía era separar y juntar en forma grotesca los dientes, como si imitando á la niña quisiera decir también «mamá, mamá.»

¡La mamá de la Muerte! Eso quisiéramos saber quién ha sido su mamá.

Al fin la niña lloró muy bajito.

—Mamá... mamá... tóname en brazos... en brazos... procuraba separar las manos cruzadas de su madre y abrirle los brazos para que la recogiesen en ellos.

Imposible: no tenía fuerza para tanto la pobre chiquitilla. Los brazos de su madre estaban rígidos; los dedos de sus manos eran clavijas de hielo.

Pero esto sí estaba al alcance de la Muerte. Dar calor no puede: hacer que la Muerte abrace, eso sí.

Y se acercó al cuerpo de la pobre mujer, se inclinó sobre él: le separó los brazos como abriéndolos, de modo que no parecía sino que la madre los estaba abriendo como de costumbre... y esperó. Á la niña no se atrevió á tocarla.

Y así estuvieron: la muerta en medio; á un lado la niña arrodillada, llorando, llamando á su madre y con los puñitos en los ojos; al otro lado la Muerte, arrodillada también, bajándose casi al nivel de la niña y sosteniendo abiertos los brazos de la madre. Así estuvo esperando con paciencia suma; porque nadie tiene más paciencia que la Muerte.

Al fin la niña miró; vió aquellos brazos que se abrían, y se dejó caer en ellos contra el pecho de su madre.

La Muerte, con mucho cuidado, cerró los brazos y puso las manos de la madre muerta sobre la cabecita de la niña.

Cuando la Muerte se puso en pie, sin duda por el esfuerzo y por lo violento de la postura, se había sofocado y sentía un poco de calor.

La niña se iba durmiendo, pero no se dormía del todo.

—Mamá... ríete... Ríete, mamá...—decía acariciándole la cara.

La Muerte quiso reír, pero resultó una mueca horrible.

Entonces se fué al balcón y lo abrió; amanecía: una mañana fria pero espléndida; celajes de color de rosa; neblinas flotantes, rayos de luz.

Y pensó la Muerte: «Risas por ahora no hay más que esas: las del amanecer.»

Pero la niña no se acababa de dormir: lloraba callandito y llorando decía:

—Mamá... mamá... cántame... cántame... Si no me cantas, no me duermo.

La Muerte vaciló, después abrió la boca; fué un bostezo horrible, pero de la negra caverna no salió ni un sonido.

Meditó un momento y se dirigió otra vez á la ventana.

Se asomó y de entre la enredadera, que por ella trepaba, cogió un nido. Los pajarillos se alborotaron; el padre y la madre salieron huyendo. La Muerte puso el nido al lado, muy cerquita de la niña, y mientras los pajarillos piaban, el padre y la madre revoloteaban alrededor del nido, alrededor de la muerta, sobre la cabeza de la niña, por entre las luces agonizantes, como mariposas coloradas. Y mientras volaban ansiosos piaban y piaban, tanto, que cantaban casi.

Canto debió parecerle á la niña porque se durmió al fin, recostada sobre el pecho de su madre; entre los brazos de la muerta; pegando su carita á aquella otra cara rígida, fría, inmóvil; mojándola con sus lágrimas.

La Muerte se inclinó: con dos de sus dedos, como con pinzas de hueso, cogió una de aquellas lágrimas.

Después salió de aquella casa, salió de la aldea y siguió por el repliegue del monte, llevándose entre las tenacillas verdosas de sus dedos la lágrima de la niña cogida de las frías mejillas de la madre, como el ladrón que huyera llevándose una perla robada.

Dos ó tres veces se la llevó á los labios; pero no tenía labios con que recogerla.

Se la llevó á los ojos, pero no tenía ojos que humedecer.

Y al fin salió el sol: uno de sus rayos fué persiguiendo á la siniestra ladrona, y á fuerza de acariciar la lágrima, la evaporó.

Cuando la Muerte sintió que entre sus dedos no había nada, dejó caer el brazo con algo parecido al desaliento; se escarvó los huesos de los ojos, como si en ellos sintiese singular picazón, con la punta de la guadaña; y siguió su camino. Y allí acabaron las ternuras de la Muerte.

JOSÉ ECHEGARAY.

LOS NUEVOS MINISTROS CHILENOS

Damos a continuación los retratos de cuatro de los hombres públicos que constituyen el actual ministerio chileno:

SR. JUSTINIANO SOTOMAYOR—Oriundo de Santiago, y educado en el Instituto Nacional, dedicó sus primeros años a la profesión mercantil, llevándole sus aficiones y negocios a la vecina república de Bolivia. En este país, donde radicó desde muy joven, permaneció hasta 1879, siendo gerente de varios establecimientos de crédito y de minas, y prestando importantes servicios a su patria chilena.

De regreso a Chile, fué nombrado gerente de la Compañía Consumidora de Gas de Santiago, en cuyo puesto le alcanzó el nombramiento en 1888, de Ministro de Hacienda, cargo en el que sus dotes de administrador inteligente tuvieron ancho campo para manifestarse, volviendo al terminar su cometido, a la activa y laboriosa vida mercantil, de la que vuelve a la vida política, tomando sobre sí la dificultosa labor de un ministerio de mucho trabajo.

DON ELÍAS FERNÁNDEZ ALBANO, MINISTRO DE GUERRA Y MARINA DE CHILE.—Abogado y servidor público. Nació en Santiago en 1845. Fueron sus padres don Juan de Dios Fernández y Gana y la señora Pilar Albano y Vergara.

Hizo sus estudios de humanidades en el Instituto Nacional y cursó leyes en la Universidad, recibiendo su título de abogado el 18 de Mayo de 1869.

En 1884 fué elegido diputado del congreso por el departamento de Lontué. Durante tres legislaturas sucesivas ha sido reelegido representante de su pueblo.

El 7 de Diciembre de 1894 fué nombrado Ministro de Estado con la cartera de Industria y Obras Públicas, puesto que sirvió hasta Agosto de 1895.

El 20 de Noviembre del mismo año, fué llamado al mismo cargo, el cual desempeñó hasta el final de la administración del almirante don Jorge Montt.

En el curso de este periodo de gobierno atendió con preferencia los trabajos de los ferrocarriles del Norte y el de Talca a Constitución.

Consagró, asimismo, su atención a la organización de oficinas de enseñanza técnica.

Presentó al Congreso, en su cargo de Ministro, un proyecto de ley encaminado a mejorar el servicio y la explotación de los ferrocarriles del Estado.

En Noviembre de 1896 fué nombrado Ministro de Guerra y Marina por el presidente don Federico Errázuriz Echaurren.

Acaba de presentar a la Cámara de Diputados un proyecto de ley, destinado a promover la reorganización de la Aduana de Valparaíso.

SR. CARLOS ANTUNEZ—En su larga vida pública, diplomático, político, periodista y agricultor, ha dejado siempre huella patente de su laboriosidad incansable y de su actividad perseverante. Después de un viaje por Europa, allá por los años 66 y 67, se dedicó a la agricultura en Loutré, siendo nombrado para los cargos de regidor y alcalde en 1873, cuyos puestos desempeñó, hasta que los ciudadanos electores de Loutré lo llevaron al parlamento, como su representante, en 1879.

Intendente en Talca, en 1881, su iniciativa se señaló por la construcción de obras de utilidad pública, y por su labor administrativa, señalada como ejemplo en aquella populosa provincia, hasta que se trasladó a Santiago, a desempeñar el Ministerio de Guerra y Marina, que mantuvo hasta la conclusión del gobierno de Santa María, descolando sus dotes de celoso administrador en la liquidación de la guerra del Pacífico, y sus talentos de organizador en la disolución del ejército y escuadra y distribución de las fuerzas de mar y tierra, introduciendo grandes reformas, aportando a la organización elementos poderosos, levantando cartas hidrográficas y fundando dos revistas militares y la Escuela Superior de Guerra.

Fué, en 1885, por la provincia de Colchagua, al Senado, del que fué nombrado Presidente en 1887, y más tarde representó a su país como Ministro Plenipotenciario en París; distinguiéndose siempre su gestión por la acertada información de cuantos asuntos se ventilaban en el campo internacional, con la precisión de estilo que revela en él, el antiguo redactor de *La Libertad*, de la culta capital del Sur, en donde hiciera sus primeras armas de publicista y brillara por su competencia en los estudios administrativos.

DR. FEDERICO PUGA Y BOMBÉ—Oriundo de Chillán, donde nació en 1856, el doctor Puga se recibió de médico en 1878, siendo nombrado en el mismo año Director del Museo de Historia Natural de Valparaíso, y profesor de Geografía física e Historia Natural del Liceo de dicha ciudad marítima.

Desde entonces sus servicios profesionales como médico, su laboriosidad incansable, probando su capacidad científica en diferentes concursos, su abnegación patriótica como cirujano del ejército en campaña en 1881, en Chorrillos y Miraflores; como médico de sanidad en Valparaíso y cirujano del Hospital Militar de este puerto en 1883; como

cirujano en jefe del ejército en la campaña de Arequipa en 1884, y en una palabra, sus servicios positivos a la instrucción pública, a la salubridad y a la beneficencia, ora formando parte de comisiones científicas, ya presidiendo juntas y reuniones, sin que tantas atenciones le privan de sus esfuerzos y tareas en pro de la causa liberal, hacen del doctor Puga una de las personalidades más salientes del país chileno.

Ministro de Justicia e Instrucción Pública en 1888, en cuyo puesto propendió al fomento y desarrollo de la instrucción general, planteando diversas instituciones pedagógicas y elaborando proyectos y reglamentos de utilidad manifiesta, y trabajador infatigable en la producción intelectual de considerable serie de obras científicas que han colocado el nombre del doctor Puga en el altísimo nivel de los pensadores más renombrados de Chile; todo se reúne en el nuevo ministro chileno, por su vastísima ilustración, por sus antecedentes públicos y por su actividad laboriosa para el alto aprecio con que su nombre ha sido recibido por la opinión culta de todos los pueblos americanos y europeos.

Por Fiestas y Teatros

A los ecos veraniegos de balnearios y pueblecitos de campo, responde la populosa ciudad bonaerense con los preparativos para las fiestas del Carnaval, el ruido de los cascabeles, la alegre agitación de los adoradores inconscientes del dios Momo, el son bullicioso de orquestas y comparsas, y terminando así el más corto mes del año, con ruidosas carcajadas, da fin y remate al pereoso aletargamiento de la temporada estival, escaso de fiestas y festejos.

Corto espacio ha mediado en la última semana desde la brillante clausura de las «Fiestas de San Cloud» en el Pabellón, hasta los bailes de círculos y sociedades en los dos últimos días del mes de febrero; y si aquellas fueron un éxito feliz para la sociedad filantrópica francesa y para el hospital en cuyo beneficio se realizaban dichas fiestas, no menor *succés* han tenido comparsas, estudiantinas y mascaradas en calles y plazas, y los bailes animadísimo de nuestros círculos sociales más renombrados, para la jovial mocedad que, tras un año de descanso a su contagiosa locura, en piruetas y danzas animadas, olvida las miserias mundanas en los tres días de carnaval.

Nuestros teatros, en cambio, nos ofrecen escasisima animación y vida: la compañía Pantalena que tan altamente ha sabido dar la «nota artística» de este mes de febrero, ha cumplido su programa y terminado su compromiso en el teatro San Martín con una función de despedida, destinada al beneficio de la sociedad italiana *Protezione ed Istruzione: Asili d'Infanzia*, que llevó al hermoso coliseo de la calle de Esmeralda numerosa concurrencia, que agasajó con estruendosos aplausos a empresa y actores que han sabido conciliar el arte, siempre bello en sus altas manifestaciones, y el honesto solaz, siempre solicitado, por la humanidad cansada del rudo trabajo del día, en las funciones teatrales *Au revoir!*

Como decíamos, este público ha presenciado impasible el cierre de la mayoría de nuestros teatros, y causa abonada para tal indiferencia son, como otras veces hemos indicado, las malas condiciones de aquellos para la temporada calurosa del estío, y el consiguiente escarmiento de empresarios y actores, que a través de un largo *compás de espera*, preparan elementos y novedades para la temporada invernal.

El Odeón, el Politeama, la Zarzuela, Victoria, Apolo y Rivadavia, con sus puertas cerradas, amén de la Opera, son otras tantas demostraciones de lo que anotamos; pues, abiertos todos esos teatros, ninguno podría vivir y su explotación hubiera sido una verdadera ruina para los empresarios. En cambio, gracias a la falta de «competencia», han podido sostenerse los pocos, que por sus condiciones de ventilación y por su favorable situación, ofrecen menos inconvenientes en estas noches sofocantes, abriéndose solamente, con motivo del carnaval, varios de aquellos locales, para contribuir con los bailes de máscaras que en ellos se organizan, a la animación general.

La novedad teatral, ha tenido su asiento en la actual quincena en el teatro de la Comedia. El drama de Joaquín Dicenta, *El señor Feudal*, ha sido representado en el pequeño teatro de la calle de Artes, por la compañía de Julio Ruiz, que ha sido la primera en dar a conocer la última obra del aplaudido escritor, no poco discutido en sus producciones teatrales, y especialmente en esta última.

El asunto del drama, en somera descripción, es el siguiente: un noble confiado y mal administrador de su hacienda es explotado por un criado ambicioso, que se apodera de la voluntad del aristócrata, y después de su hacienda. No contenta su ambición, pretende hacerse dueño del título nobi-

lario por medio del casamiento de su hijo, con una nieta del que había sido su señor, quien rechaza indignado la propuesta, concluyendo por acceder, creyendo que su nieta aprueba este enlace, al que se ve obligada por el antiguo criado, que la amenazó con sumir en la miseria a su abuelo, quien le adeuda una gruesa cantidad. El hijo del criado infiel, había seducido a una joven, cuyo hermano le asesina al saber que va a casarse con la futura marquesa. Este asunto ha sido desarrollado por Dicenta, en cuadros de fuerte colorido y escenas dramáticas, de efectos ya cómicos, ya trágicos, en que campea el talento del autor, pero en los que no siempre acierta. Los caracteres están generalmente delineados y sostenidos como el de Roque (el criado infiel) y el del Marqués arruinado.

Las tendencias filosóficas de la obra tienen por base y fundamento vulgarísimos artificios que, a pesar del *convencionalismo teatral* no pueden excusarse ante un público sensato, prudente, comercial, ajeno a las «mordeduras de la duda» en su pacífica vida de negocios y transacciones; no le dan tampoco vida al último drama de Dicenta los *brochazos de color* en que sabe dar relieve el literato, al fatigoso diálogo que campea en tan largas escenas, ni le salva el prurito socialista, un tanto atenuado, de sus tendencias, que, si impresionan, arrebatando aplausos en determinados momentos, no persuade ni convence a ninguno, sobre todo cuando como aquí, el *lado práctico* de la vida se resuelve a fuerza de puños, es decir, a fuerza de perseverante trabajo y humilde sometimiento a las desigualdades sociales, que se salvan, viniendo en la *lucha*, con bríos juveniles y emulación generosa.

El público acogió con benevolencia la «novedad», y haciendo justicia al talento del escritor y a la discreta representación de los actores, aplaudió calurosamente a la Rubio, a Reig y a Ruiz, ¡y dale con la erres! y a Carrasco, que supo sostener el difícil papel de Roque. ¡Bien por la empresa! Pero... conste que en la Comedia, están mejor las picesitas por secciones, a que ha vuelto, como lo prueban los entusiastas aplausos con que se acoge *La banda de trompetas*, graciosa zarzuelita, de música discretamente escrita, que es elogiada sinceramente por los que desean matar el tiempo, divirtiéndose sin quebraderos de cabeza, y sin el *pensar hondo* que los lleve al estéril campo de las evoluciones filosófico-socialistas.

No somos partidarios de los niños en circos y teatros: lo hemos dicho otras veces, y abona en nuestro favor la opinión privada, que aunque no se *caldea* en las columnas de la prensa, sólo tiene un justísimo comentario al ver violentarse la misión de la infancia de tal manera. ¡Eso es un crimen!

Pero, olvidando particulares opiniones, y concretándonos a la tarea del cronista, digamos que en el Mayo, hay niños que dan lecciones a los veteranos, y si para muestra basta un botón, ahí va la representación *El duo de la Africana*, puesta por primera vez en el pequeño teatro de la Avenida de Mayo, con singular complacencia del numeroso público que aplaudía con entusiasmo.

Diganlo, si no, aquellos coros, que a pesar de la pequeñez de sus miembros, son, no los mejores, sino los únicos entre los que cantan en los teatros de la capital.

De las partes no hubo ninguna que no estuviese muy bien; pero la nota sobresaliente fué Ambarito Pozuelo, la que, en el dúo, cantó con tanto fuego, con tanto amor, que el público le hizo la ovación más ruidosa, considerándola, no ya como niña, sino como actriz formada y con capacidad para figurar entre las buenas.

El dúo fué repetido entre aplausos y bravos, que resonaban entre una lluvia de flores y palomas.

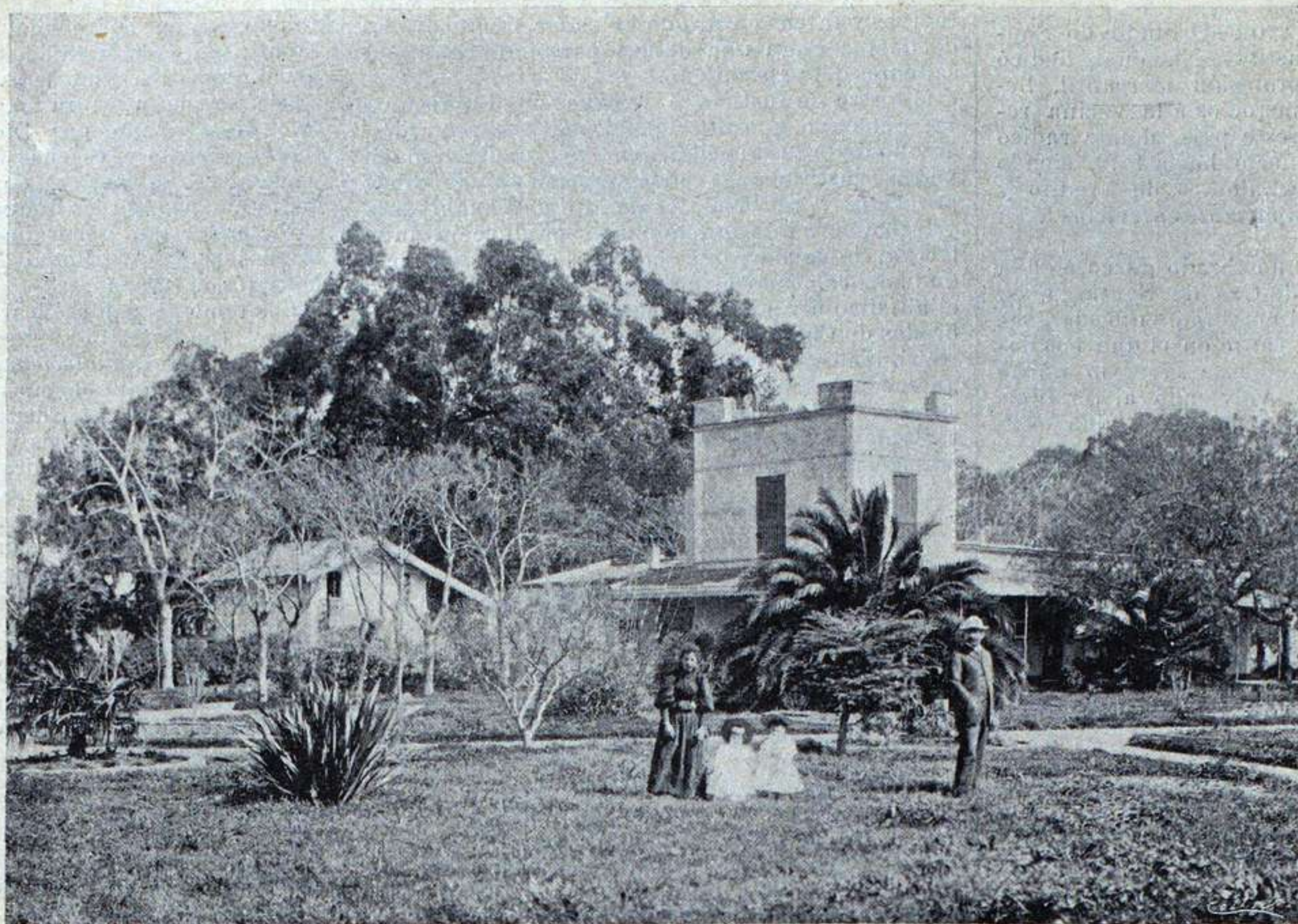
La Membrives estuvo correctísima, y bastante acertada la Setiey. Leoncio Martín, que estaba muy ronco, hizo un *Querubini* gracioso, que le valió muchos aplausos; Oya le fué en zaga, y Lluch, en su corto papel, se portó como bueno.

Los trajes estaban hechos con todo lujo y el teatro estaba lleno.

Tuvo lugar en el teatro Olimpo la anunciada representación de *Fernanda*, a beneficio de la primera dama joven de la compañía Módena, que en él actúa, señorita Falcini, y la famosa obra de Sardou resultó discretamente representada, siendo aplaudida con sincero entusiasmo.

El papel de Clotilde, el más difícil de toda la obra, por las transiciones que su carácter experimenta, por las variantes a que está sometido el personaje, por la terrible lucha interna que mina su naturaleza moral, por la complejidad y diversidad de fases que ofrece el tipo, no es el que más se adapta a la edad, a las condiciones y al aspecto de la señorita Lugo; pero, sin embargo, esa artista, dando pruebas de una habilidad y de un dominio de la escena y de las situaciones, que no esperábamos, pudo vencer muchas dificultades, dominando el tipo, en su conjunto, con bastante precisión y exactitud.

La beneficiada, señorita Falcini, hizo una bella figurita del tipo de Fernanda, dando bastante realce a las escenas fuertemente dramáticas del



PABELLONES DEL HARAS "LAS ORTIGAS"
(Fotogs. de Ramirez Hnos.)

tercero y cuarto actos, en que brilló con luz propia, mejorando la primera impresión causada.

Regularmente acertados, estuvieron Tizzo y Drago, en sus papeles respectivamente, de Andrés y Pomerol.

No falta animación y vida en el Casino, y el elenco de la alegre compañía se verá pronto aumentado con la llegada, que se anuncia, de Mlle. Valerie Beaucourt, *chanteuse comique* que ha de hacer furor entre los joviales asistentes de dicho teatro.

Como novedad de la quincena, tenemos el estreno del Fakir Mohamet Ben Hina, que ha sorprendido al público con sus notables ejercicios de insensibilidad, intercalados entre las graciosas canciones que deleitan a los *amateurs* del favorecido centro de divertidos concurrentes.

RENÉ.

Notas Editoriales

Chute y Brooks—Esta reputada razón social que dirige el acreditado establecimiento fotográfico de Montevideo, ha perdido a uno de sus más inteligentes colaboradores.

El señor Brooks, nuestro colaborador asiduo también y particular amigo, ha pasado a mejor vida, arrebatado al trabajo, que era su norma, y al afecto de sus muchas relaciones de amistad que lo distinguían por su activa laboriosidad, en toda la fuerza de una edad vigorosa que alejaba toda sospecha de un fin próximo. Nuestro pésame a su atribulada familia.

Don Arturo G. Pruden y don Diego Roy—Gerente el 1° de la Compañía de Fabricantes Ingleses y representante el segundo de los Específicos de Hayward cuyos avisos respectivos van en otro lugar, parten en breve para Inglaterra, por asuntos relacionados con las importantes casas que representan.

Uno de los objetos que se proponen en su viaje es visitar todas las principales cabañas de animales de raza, y elegir en las exposiciones de Inglaterra los animales de mejor sangre para los pedidos que llevan de los estancieros de esta república, que en su gran competencia confían para mejorar las razas de sus ganaderías.

Esta permanencia en el país británico será de unos seis meses, tiempo hábil, pero necesario para el honroso cometido que dichos señores llevan, y que será de gran utilidad para los estancieros, que pueden aprovechar esta ocasión tan oportuna, garantizada por la reconocida actividad, indiscutible inteligencia y méritos sobresalientes de los viajeros, a quienes enviamos nuestra cariñosa despedida. ¡Buen viaje!

Don Augusto J. Coelho.—En el vapor *Mark* partió para Europa, este distinguido amigo nuestro, director gerente del Banco Español del Río de la Plata, con objeto de darse el obligado descanso de sus laboriosas tareas y restaurar su quebrantada salud.

No le dejará su activo carácter permanecer en la ociosidad absoluta, estudiando la organización de establecimientos similares a los de su gerencia, y nuevos rumbos y actividad que agregar a los muchos que a su inteligente cooperación se deben aquí; pero confiamos en que, menos conturbada su mente por el trabajo cansador de cada día, hallará la salud perdida en su excursión, que se la deseamos felicísima y cumplida, uniendo nuestros votos a los de los numerosos amigos y empleados del Banco que fueron a despedirle a bordo, cariñosamente.

Colegio Parody.—Con atenta circular, recibimos de este brillante establecimiento educativo, el *Informe anual y Prospecto del Colegio* que revelan el próspero movimiento del mismo, y la atención cuidadosa que se dedica en él a la enseñanza primaria y secundaria, con un escogido personal de profesores que honran a su director a quien felicitamos, deseándole feliz año escolar en el presente.

Banco de Londres y Río de la Plata—Durante la ausencia temporal del señor don R. A. Thurnburn, la gerencia de este establecimiento está desempeñada, desde el 4 de Febrero, por el señor don Tomás Hogg, en virtud de poderes amplios autorizados por el directorio del Banco en Londres.

LAS MUJERES de este país tienen el cutis naturalmente bonito, aunque muy sensible al aire demasiado vivo y al sol demasiado ardiente. Para impedir el *bochorno*, *grietas*, *barros* y hasta las *manchas de pecas*, empléese para la *toilette* de todos los días, la **CREMA SIMON**, **Polvos de Arroz** y el **Jabon Simon**. No confundir con otros productos análogos.

J. SIMON, 13, rue Grange Batelière, Paris, y en todas las farmacias, perfumerías, bazares y mercaderías del mundo entero.

Nuestros Grabados

Baile de Carnaval—En el "Club del Progreso"
—Dibujo de R. J. Contell.

Animadísimo son los bailes de nuestros centros más concurridos, pero, entre todos, el Club del Progreso tiene acreditada la elegancia y el

buen gusto con que están adornados sus salones, y el selecto concurso de damas y caballeros que dan vida y animación a nuestro más aristocrático centro.

En este asunto se ha inspirado nuestro director artístico señor Contell, al presentar esas manchas en el apogeo de la danza, al compás de alegre música de la bien dirigida orquesta, reproducidas por el grabado que aparece en nuestras páginas.

La Estación Central—Antes del incendio.—
Después del incendio.

Los dos grabados de nuestras páginas reproducen las vistas de la Estación Central y de las ruinas del mismo, después del incendio que lo ha destruido, motivando así la reproducción de la vieja discordia entre las compañías de ferrocarriles y la Municipalidad, que han dado lugar a divergencias de criterio; resueltas, al fin, por un decreto del Ministerio del Interior que, teniendo en cuenta los intereses de dichas compañías, la necesidad de reglamentar el tráfico y la no menos imperiosa de ayudar al ornato de la ciudad en esos terrenos ganados al puerto, permite una instalación provisional para el despacho público, estableciéndose una nueva Estación Central más al Este, en consonancia con la importancia del movimiento ferrocarrilero y a la altura de la importancia que requiere una población culta y una ciudad tan adelantada como Buenos Aires.

República Oriental del Uruguay—Montevideo.—Vista general del balneario Los Pocitos—Muelle del balneario Los Pocitos.

Estas dos páginas ilustradas representan vistas del balneario más concurrido y elegante de la vecina capital montevideana, y para su explicación, enviamos al lector al brillante artículo de *Tax*, que aparece en otro lugar del presente número.

La playa de *Los Pocitos* es el sitio más selecto para los veraneantes y bañistas.

Uno de los grabados que publicamos, representa la parte reservada para las señoras, exclusivamente. El otro, es el muelle que divide el baño masculino del femenino, separación que choca con la costumbre europea de establecer, por lo menos, un baño de «ambos sexos» para los matrimonios, aun que lo general es que el baño sea común.

Los nuevos ministros chilenos

Nos referimos a los artículos biográficos correspondientes.

Haras «Las Ortigas»

En un artículo que con este título aparece en nuestras páginas, encontrará el lector la explicación detallada de este Haras notable, de uno de nuestros más acreditados ganaderos.

EL OTOÑO

El sol comenzó su carrera triunfal, más enamorado que nunca, á la vez que disfrutaba un espléndido día de verano.

Al aparecer la plateada gasa de luz que le sirve de velo, las sombras huyeron en tropel al occidente, ocultándose tras de los montes y en las quiebras.

No hubo soberbia rosa en los verjeles, ni risueño clavel, ni azucena blanca,

esa pálida flor que vive enferma de sufrir por el alba

que no se inclinase, tumbada, absorbido su néctar, marchitos sus pétalos á las caricias ardientes del enamorado sol.

Y rodaba á su ocaso, fatigado, perseguido por las sombras, pero soberbio aun en su fuga, insultando todavía con su grandeza.

Pedia un último beso á las voluptuosas reinas del jardín, á las azucenas tristes, á las camelias pálidas y frías... pero tronchadas todas, doblaban sus frentes: no podían ya besar!

La rosa era muy ardiente y altiva y por eso la marchitaba con gusto; los claveles tenían no sé qué de alegres y burlones y se complacía en quemarlos; la camelia coqueta y vanidosa de su hermosura, se molestaba con las caricias apasionadas y por eso también le churruscaba su vaso!...

**

De entre las sencillas hojas de una humilde planta se asomó entonces una florecilla que cuanto pudo dilató su corolita y esparció sus perfumes: Febo se alborozó a la sensación de un ósculo, y extendiendo horizontalmente sus brazos acarició á la violeta, que fundía su esencia y se embriagaba con los tibios y pálidos rayos del amante que se iba.

El sintió en ese momento una felicidad completa: nunca había amado tanto á una flor; ella no poseía nada de la soberbia de la rosa que lo hacía cruel, ni de la vanidad de la camelia... y era hermosa con su corola diminuta, que parecía la cabecita de una pequeña hada; su perfume llegaba al corazón, como un fluido suave y fresco, cual si fuera el aliento y la caricia de un ángel.

La hubiera amado eternamente; pero iba á caer pronto! Extiende sus rayos con desesperación, arroja espuma de fuego, con la cual salpica el firmamento colorándolo de sangre!

En un instante pareció que tomaba fuerzas y subía: nunca estuvo más soberbiamente poético: su disco tenía una mirada tan dulce que no hería la vista, sus rayos se lanzaban abarcando los cielos y la tierra... Entonces dijo:

—Te amo.

—Y yo también, contestó la violeta; pero así como estás ahora: amo tu rayo pálido y tu caricia suave; si brillas mucho, me deslumbras y me quemas; ámame así siempre!

—Te lo juro! dijo el amante.

Y el siguiente fué el primer día de Otoño.

V. FERNÁNDEZ R.

PIDAN CERVEZA BOCK

Recomendada por los más
distinguidos médicos de
BUENOS AIRES

Comp^a Cervecería Bieckert
(LIMITADA)

CERVECERÍA Y OFICINA CENTRAL
817 JUNCAL 817

TELÉFONOS

Cooperativa Telefónica, 5097
Union Telefónica, 96

Premios obtenidos ultimamente
CHICAGO 1893
LA MAS ALTA RECOMPENSA
DOS PREMIOS

AMBERES 1894
GRAN DIPLOMA DE HONOR
superior á la medalla de oro

A los Coleccionistas de Sellos Deseo entablar correspondencia para cambiar sellos con coleccionistas de todo el mundo. Tengo gran cantidad de buenos sellos Sud-americanos, que ofrezco en cambio por de otros países. Manuel Jimenez, Calle San Juan, 677, BUENOS AIRES.

Nicolás Mihanovich

EMPRESARIO DE VAPORES Y LANCHAS DE CARGA
para todos los Puertos de la República y Ríos

REMOLCADORES DE GRAN PODER
PARA TODA CLASE DE CABOTAJE Y ULTRAMAR

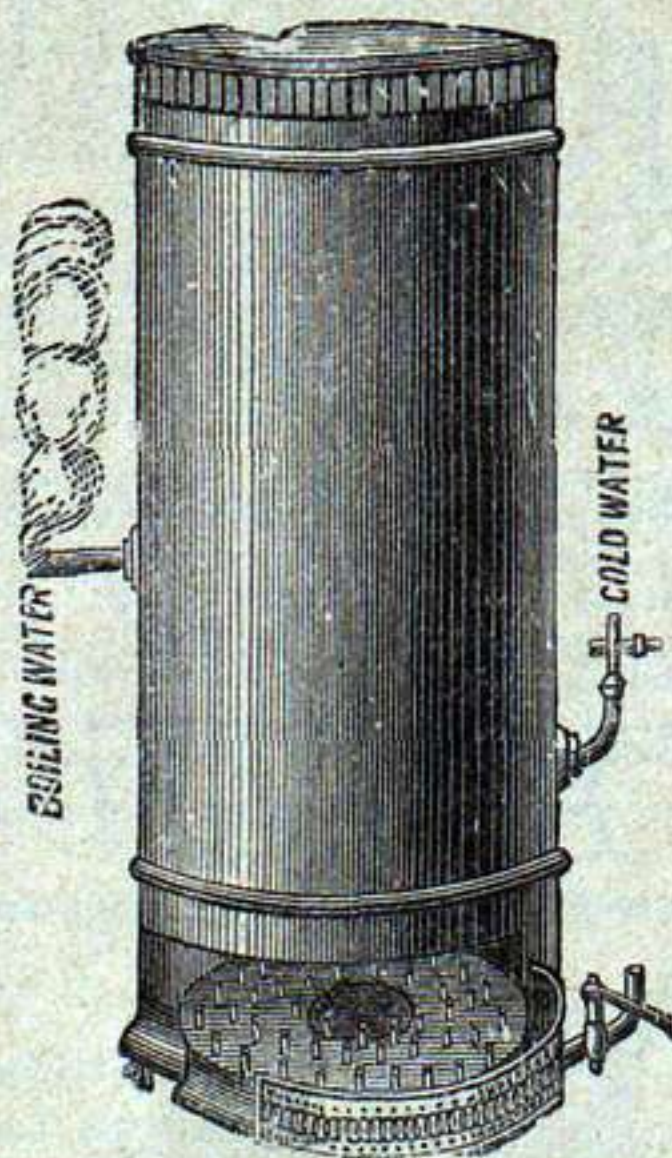
Servicio especial en el Puerto de la Capital y Puerto de La Plata

Flota de 45 vapores y 60 buques de vela

INTRODUCTOR DE CARBON CARDIFF MINA CORY'S MERTHYRS

Escritorio Principal—25 DE MAYO 144—Bs. Aires

CASSELLS Y C^{IA}



GEYSERS

Con este aparato se puede obtener instantáneamente agua caliente y suficiente para un baño, en muy pocos minutos, por medio de gas ó kerosene.

CASSELLS y C^{IA}.
664, CANGALLO

Bitter Secrestat

De universal
REPUTACION

Premiado en todas
las Exposiciones
á que ha concurrido

EL CONSUMO

EN

BUENOS AIRES

PASA DE

40.000 Cajones
al año

Unicos Introdutores: W.^m PAATS y C.^o

ESAMEZ



ANTES DE COMER
Tómese el delicioso

APERITAL

LICOR

TÓNICO
HIGIENICO
Y APERITIVO

CUIDADO con las FALSIFICACIONES y los PRODUCTOS que llevan nombres parecidos á la palabra APERITAL.

Exijir siempre la última fecha de EMBOTELLAMIENTO sobre el vidrio de la botella, los corchos, las etiquetas, el cajón, &c., y á mas el nombre A. DELOR y Cia.

ÚNICOS IMPORTADORES
FELIX SOULIÉ y C^{IA}
MAIPÚ 918. — BUENOS AIRES.

Vermouth CORA

es el mejor



Introdutores

Staudt y C^{IA} BUENOS AIRES

LA VELOCE

NAVEGACION ITALIANA

Servicio postal rapidísimo entre Italia y la América del Sud

Vapores de gran lujo iluminados á luz eléctrica

FLOTA DE LA COMPAÑIA

Nord-América, Savoia, Ducca di Galliera, Vittoria, Matteo Bruzzo, Duchessa di Genova, Centro-América, Sud-América, Montevideo, Città di Genova, Rio Janeiro, Las Palmas, Rosario

AGENTES

P. Christophersen—BUENOS AIRES: Cuyo, 249—LA PLATA: Ensenada, Christophersen Hnos. MONTEVIDEO: Piedras, 142—ROSARIO: San Lorenzo, 169.

Chodowieck y Wiener—VALPARAISO: Blanco, 462.

“Un perfume exquisito”

S. A. R. la Duquesa de York.

Atkinson's White Rose

Suave y delicadamente odorífero como la misma Rosa.

El más delicioso de todos los Perfumes

Es el de ATKINSON, que es el solo verdadero y original.

Los Perfumes Ingleses de Atkinson

son mucho superiores á otros. Son verdaderos olores naturales, extraídos realmente de las flores, y no fabricados artificialmente, como lo son muchos otros, con PRODUCTOS QUIMICOS.

OPOPONAX, FRANGIPANE, ESS. BOUQUET, HELIOTROPE, JOCKEY-CLUB y todos los olores en boga.

Desconfíese de las Imitaciones!

La autenticidad está garantida por la etiqueta y la marca de fábrica «White Rose».

Se vende en Casa de todos los perfumistas y de los Fabricantes. — J. & E. ATKINSON, 24, Old Bond Street, Londres.



GERMANDREE

Polvo de Belleza inofensivo, su finísima, su adherencia absoluta y su perfume sin igual, lo colocan en el primer rango de todos los polvos de arroz. Probarlo es adoptarlo. Se encuentra en todas partes.

Mignot-Boucher-19, RUE VIVIENNE-PARIS

MEDICOS

SANATORIUM de los doctores *Sold y Caride*. Avenida Montes de Oca, 1051.—Se admiten a pensión hombres, señoras y niños, con asistencia médica y quirúrgica.—Consultas particulares, de 2 a 3 p. m., Lima 367.

INSTITUTO Médico Homeopático y Casa de Baños de los doctores *Carrera, Leiguarda y Carrasco*.—Belgrano, 1038 al 1046.

DR. JUSTO CARLE—Enfermedades de la piel y vías urinarias.—Cerrito 38, de 1 a 3.

DR. FRANCISCO COBOS—Director por concurso del Hospital San Roque.—Consultorio: Maipú 276, de 1 a 4.

DR. SALVADOR BORGONDO—Enfermedades de señoras, se curan sin operaciones por un sistema especial. Curación garantida de todas las enfermedades del cutis.—Artes 210, de 10 a 12 y de 4 a 6.

DR. EDUARDO OBEJERO—Enfermedades de ojos, nariz, garganta y oídos.—Cuyo, 748, de 1 a 4.

DR. N. ODAHL, Dentista—Operaciones sin dolor por medio de cocaína, clorétilo, etc., etc. Avenida de Mayo, 1111, esquina a Lima,

Avisos varios

B. MITRE Y VEDIA—Traductor público y comisionista.—Lavallo, 418. Unión Telefónica núm. 197.

ABOGADOS

DRES. RAFAEL CALZADA y FERMIN F. CALZADA—Alsina, 670, de 1 a 4.

DR. JOSÉ TARNASSI—Victoria, 442 altos de 1 a 4.

DR. MIGUEL ORO—San Martín, 284, de 1 a 4.

DR. GENARO OSORIO—Chacabuco, 192 de 1 a 4.

FABRICA DE PERFUMERIA

DE LOS

DOS MUNDOS

F. GRANJON & C^o

Llamamos la atención de los señores comerciantes de la Campaña y peluqueros en general, sobre la conveniencia de nuestros artículos de perfumería, capaces de competir con los del extranjero, en cuanto a precio y calidad.

CALLE MONTEVIDEO 1578
BUENOS AIRES

IDEALES - La Sin Bombo - Tabaco habano - 20 centavos

MAISON DE BLANC

CASA FUNDADA EN 1885

GANGALLO Y SUIPACHA

L. Adhémar y C^{ia}



Dialogo

—Pues mira, mi buena amiga, todos los años me hacía traer toda mi ropa de cama, de mesa y de punto, ésta última para mi esposo, mis hijos y para mí, de París y Londres, pero hoy encuentro en casa de Adhémar cuanto satisface mis deseos.

—De ahí me surto yo, y es esa casa la única en toda la República que tenga un surtido tan variado como el que ofrece en cada estación, a su numerosa clientela.



COMPAÑÍAS ARGENTINAS de SEGUROS

"LA ESTRELLA" Y "AMÉRICA"

DIRECCIÓN GENERAL

Buenos Aires—CALLE FLORIDA, 222



SEGUROS—SECCION INCENDIOS—Comprende la garantía de los riesgos de explosión de gas y de vapor y los daños causados por el rayo, aun cuando no se produzca incendio.

SECCION MARITIMA—Se asegura, en condiciones especiales, las averías particulares abriendo pólizas flotantes sobre expediciones de efectos con los puertos de los Ríos y de la República y con puertos de Ultramar, asegurando además:

Buques, animales en pie, fletes, comisiones, ganancias esperadas, etc.,

RESUMEN DEL AÑO 1895-1896

Capitales suscritos.....	\$ 1.800.000.00	Depósitos en los Bancos.....	\$ 661.302.07
Capitales realizados.....	\$ 525.000.00	Fondos Públicos y Títulos.....	\$ 42.956.90
Reservas efectivas.....	\$ 351.625.00	Prést. s. comerciales y garant. s.	\$ 183.300.98

SINIESTROS PAGADOS 1895-96		PREMIOS	
Sección Incendios.....	\$ 338.732.66	Sección Incendios.....	\$ 646.856.55
Sección Marítima.....	\$ 146.417.56	Sección Marítima.....	\$ 359.949.31
	\$ 485.150.22		\$ 1.006.805.89

POR MÁS INFORMES OCÚRRASE A LA DIRECCIÓN GENERAL.
EL DIRECTOR GENERAL, José Moreno.

La Nacional

Talabartería, Lomillería y Curtiembre a vapor

CASIMIRO GOMEZ y Ca.

155, CALLE BUEN ORDEN, 165, — entre las de Victoria y Alsina



Las más altas recompensas le han sido adjudicadas en todos los concursos

MEDALLA DE ORO en la Exposición Universal de París de 1889, por guarniciones finas en competencia con Europa y América—TRES PREMIOS en la de Chicago de 1893.

Gran surtido de guarniciones y monturas de todas clases. Especialidad en talabartería fina y artículos para viaje. Colección variada y permanente en bastos, caronas, recados sobrepuestos, fiadores y todo lo concerniente al ramo de lomillería en general.

Los encargos son despachados con prontitud por estar en sus talleres montados con los elementos más modernos que se conocen. **TALLERES ESPECIALES** para la confección de monturas reglamentarias para el ejército argentino.

A. PRAT - Tintorería

140, CALLE SUIPACHA, 140

Se tiñe y limpia toda clase de ropa y telas
Se lavan y planchan de nuevo toda clase de cortinas de muselina
Compostura de ropa de hombres y de niños.

UNICA SUCURSAL: 375, CALLE CHACABUCO, 375
BUENOS AIRES

A LA CIUDAD DE LONDRES

TIENDA LA MAS VASTA Y MEJOR SURTIDA DE BUENOS AIRES—AVENIDA DE MAYO—CALLE PERÚ—CALLE VICTORIA
Primera casa en Buenos Aires habiendo establecido el sistema de vender todo de CONFIANZA y a PRECIO FIJO lo que le ha valido un éxito sin igual hasta hoy

CARNAVAL Trajes de Disfraz

DOMINOS

CLOWNS

BAILARINAS

PAYASOS

DIABLOS

PIERROTS

MONOS, etc.

Tejidos de Seda, de Lana y de Algodón—Adornos de todas clases

Pantallas, Flores, Adornos, Galones, Flecos dorados y plateados, etc., etc. — Serpentinillas, Confettis, Globitos, (único depósito.)

REAL HOLLANDS

LA REINA de las GINEBRAS

Introducida en Buenos Aires desde 1856
Garantida siempre de calidad superior



Es la más antigua y la más acreditada
en este mercado

UNICOS INTRODUCTORES - **Wm PAATS & Cía.**
BUENOS AIRES

JABON DE REUTER PARA EL CUTIS



DELICADEZA Y RIQUEZA DE PERFUME

son las cualidades más características del Jabón de Reuter,
que en este particular deja á gran distancia á todos los otros
jabones de tocador.

Una vez que se pruebe nadie querrá carecer de él

TIENDA San MIGUEL ELIAS ROMERO y Cía

Fundada en 1857

EXPOSICION PERMANENTE DE ALFOMBRAS



Casa importadora

de toda clase
de alfombras y
artículos genetales
de última novedad
para
tienda y tapicería

PIEDAD
202 al 236
BUENOS AIRES

TE AGUILA

Schelp
& Schelp

375-Balcarce-377

BUENOS AIRES



AU MERINOS

CASA FUNDADA EN 1864

BONETERIA

Y ROPA BLANCA

698, RIVADAVIA esq. Chacabuco
BUENOS AIRES



Ferro-Carril Nacional Central Norte

HORARIO DE TRENES QUE REGIRÁ DESDE EL 1º DE MAYO DE 1896. HASTA NUEVO AVISO
LÍNEA DE TUCUMÁN A SALTA Y JUJUY

SALIDAS	Pasajeros	Mixtos	Locales	REGRESOS	Pasajeros	Mixtos	Locales
Tucumán..... sale	A. M. 7 00	A. M. 7 30	P. M. 4 50	Salta sale	A. M. 7 30	A. M. 7 30	
Tafi Viejo.....	7 40	8 10	5 30	Mojotoro.....	8 04		
Tapia.....	8 16	8 46		Kilómetro 76.....			
Vipos.....	8 48	9 27		Campo Santo.....	8 39		
Choromoro.....	v	v		General Güemes.....	9 10		
Alurralde.....	9 10	9 59		Cabeza de Buey.....	v		
Trancas.....	9 44	10 29		Palomitas.....	9 59		
Kilómetro 86.....	v	v		Chileas.....	11 00		
Tala.....	10 03	10 59		Río de las Piedras	12 10		
Arenal.....	10 55	11 53					
Rosario de la Frontera.....	11 30	12 30		Metán.....	1 02		
Yatasto.....	12 00			Yatasto.....	1 21	P. M.	
Metán.....	12 42			Rosario de la Fr.....	2 05	2 00	
Río de las Piedras.....	1 07			Arenal.....	2 46	2 46	
Chileas.....	1 49			Tala.....	3 28	3 32	
Palomitas.....	2 29			Kilómetro 86.....	v	v	
Cabeza de Buey.....	3 29			Trancas.....	3 52	4 00	
General Güemes.....	4 35			Alurralde.....	4 16	4 27	
Campo Santo.....	4 52			Choromoro.....	v	v	
Kilómetro 76.....	5 27			Vipos.....	4 50	5 06	
Mojotoro.....	5 27			Tapia.....	5 16	5 35	
Salta..... llega	6 00			Tafi Viejo.....	5 45	6 15	
				Tucumán..... llega	6 20	6 50	
Gral. Güemes..... sale	P. M. 4 30	P. M. 5 20	A. M. 9 30	Jujuy..... sale	A. M. 6 50	A. M. 8 00	P. M. 1 30
Pampa Blanca.....	5 07	6 12	10 30	Río Blanco.....	v	v	v
Perico.....	5 45	7 10	11 20	Palpalá.....	7 12	8 34	2 00
Palpalá.....	6 26	8 09	12 00	Perico.....	7 45	9 26	2 47
Río Blanco.....	v	v	v	Pampa Blanca.....	8 18	10 08	3 23
Jujuy..... llega	6 50	8 45	12 30	G. Güemes..... llega	8 50	10 18	3 23
						10 50	4 05

NOTA—V indica que los trenes pararán solamente cuando haya pasajeros.

LUIS RAPELLI, Administrador General.

CERVEZA

QUILMES

AVISO

EN VISTA DE LAS MUCHAS FALSIFICACIONES DE NUESTRA CERVEZA, AVISAMOS AL PÚBLICO QUE DEBE FIJARSE NO SOLAMENTE EN LA INSCRIPCION EN EL VIDRIO DE LA BOTELLA, SINO TAMBIEN EN LA LEGITIMIDAD DEL CORCHO, DE LA CÁPSULA Y DE LA ETIQUETA

BANCO BRITÁNICO DE LA AMERICA DEL SUR LTD.

ESTABLECIDO EN 1863

RECONQUISTA ESQUINA PIEDAD Y RIVADAVIA 2437



CAPITAL SUSCRITO £ 1.000,000
CAPITAL REALIZADO £ 500,000
Fondo de reserva £ 350,000
£ 850,000

Responsabilidad ulterior de los accionistas
£ 500.000

ABONA (hasta nuevo aviso)

	Mon. nl.	Oro
Depósitos en cuenta corriente.....	1 %	Sin interés
Depósitos a la vista con libreta.....	4 %	3 %
Depósitos a retirar con treinta días de aviso hasta \$ 20,000.....	4 %	2 %
Depósitos a plazo fijo de tres meses.....	6 %	3 %
Depósitos a retirar con noventa días de aviso.....	6 1/2 %	3 %
Depósitos a plazo fijo de 6 meses.....	6 1/2 %	3 %

COBRA

Por anticipaciones en cuenta corriente..... 10 % 0 %
Descuento de pagarés..... Convencional.

Buenos Aires, Agosto 1 de 1896

F. M. HERIOT,
GERENTE.

J. L. BROWNE,
JOSÉ M. BLANCO, JOSÉ TOSO,
Consejeros.

BANCO DE LONDRES Y RÍO DE LA PLATA

Sucursales en Londres, París (16, rue Halevy, Buenos Aires, Montevideo, Rosario de Santa Fé, Paysandú, Mendoza, Río de Janeiro, Pernambuco y Pará

Operaciones, descuentos, transferencias telegráficas, letras de cambio, remesas, compra y venta de cédulas y otros títulos, depósitos en oro sellado, depósitos en moneda legal, depósitos en títulos, remesas de interés para Europa y cobranzas.

SE ABONA:

Depósito en cuenta corriente y a la vista..... 1 % m/l.
Id. id. con 30 días de aviso con la condición que si el depósito fuese retirado antes de 60 días no ganará interés..... 2 %
Id. por 90 días fijos..... 4 %
Id. por 6 meses fijos..... 5 %
Id. por 12 meses fijos..... Convenc.

ORO SELLADO:

Cuentas corrientes..... sin int.
Id. con 30 días de aviso con la condición que si el depósito fuese retirado antes de 60 días no ganará interés..... 1 %
Id. con 90 días fijos..... 2 %
Id. por 6 meses fijos..... 3 %

SE COBRA:

Por adelantos en cuenta corriente, 9 % m/l y 9 % oro.

Buenos Aires, Junio 16 de 1896.



R. A. THURBURN, Gerente.

BANCO ESPAÑOL DEL RIO DE LA PLATA

RECONQUISTA, 180

ENTRE PIEDAD Y CANGALLO

CAPITAL REALIZADO: Pesos 6.000.000 m/n
FONDO DE RESERVA Y PREVISION: \$ 1.005.429,03 m/n

SE ABONA	M. l.	Oro
	%	%
Depósitos en cuenta corriente.....	1	sin int.
• a 30 días.....	3	1
• a 60 días.....	4	2
• a 90 días.....	5	3
• a mayor plazo.....	conv'al	conv'al

SE COBRA

Por anticipaciones en cuenta corriente..... 10 % 10 %
Descuentos de letras y pagarés..... conv'al conv'al

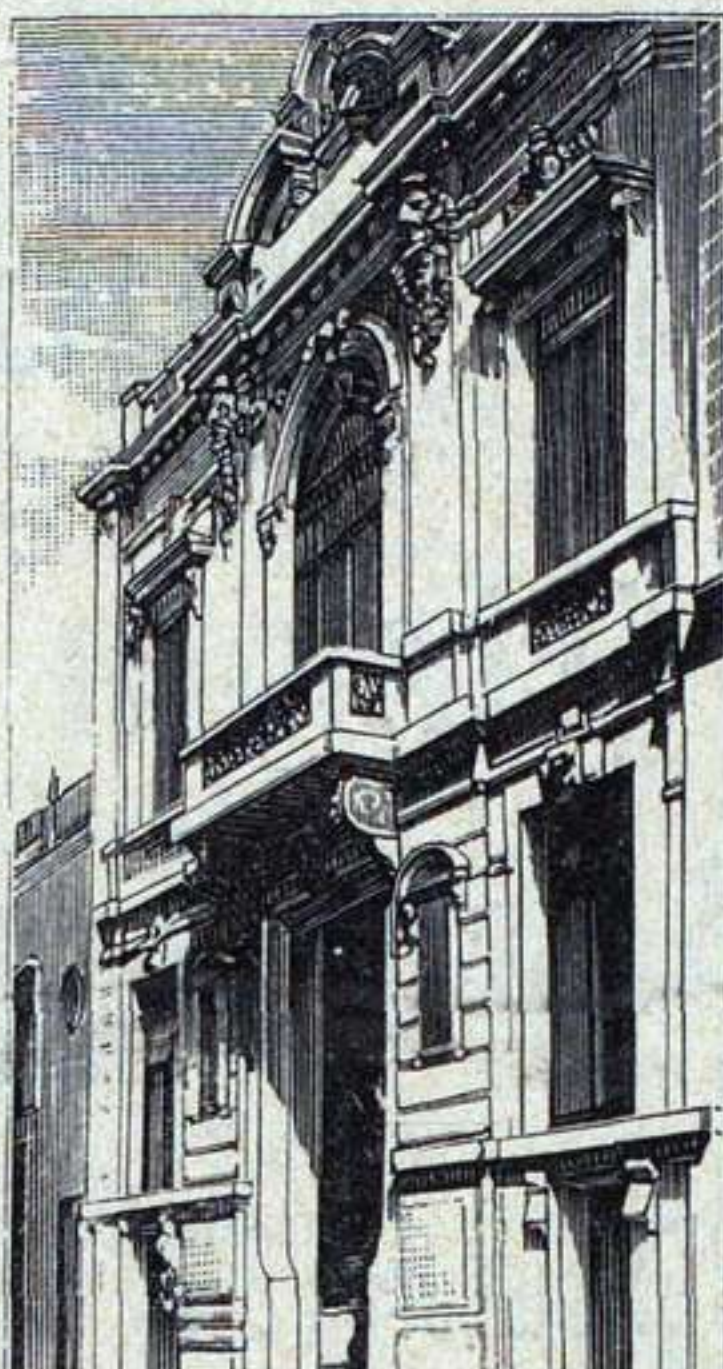
Se ocupa de toda clase de operaciones bancarias

HORAS DE DESPACHO

De 10 a. m. a 3 p. m. los días ordinarios y de 10 a. m. a 4 p. m. los sábados y fines de mes.

Buenos Aires, Enero 30 de 1897.

AUGUSTO J. COELHO,
Gerente.



COLEGIO NEGROTTO

Incorporado al Colegio Nacional

DIRECTOR:

ADOLFO L. NEGROTTO

Preparación completa para el Colegio Nacional. — Cursos especiales para las Escuelas Naval y Militar. — Clases de repaso durante todo el año. — Cursos elementales, comerciales y de idiomas.

ADMÍTENSE PUPILOS, MEDIO PUPILOS Y EXTERNOS

630-ESMERALDA-630
BUENOS AIRES



FRANCISCO SEMPE

Esmerado servicio
Bodega superior
BANQUETES Y SOIRÉE
(PRIMICIAS)
CASA DE PRIMER ORDEN
Establecida en 1880

Banco Francés del Río de la Plata

CAPITAL: 2.000.000 PESOS MONEDA NACIONAL ORO

254.297 OS RESERVAS DIVERSAS pesos oro 254.297.08

SUCURSAL EN BAHIA BLANCA
CALLE CHICLANA N.º 26

Agente Comercial en París:
SR. GABRIEL JARRE-6, Cité d'Antin.

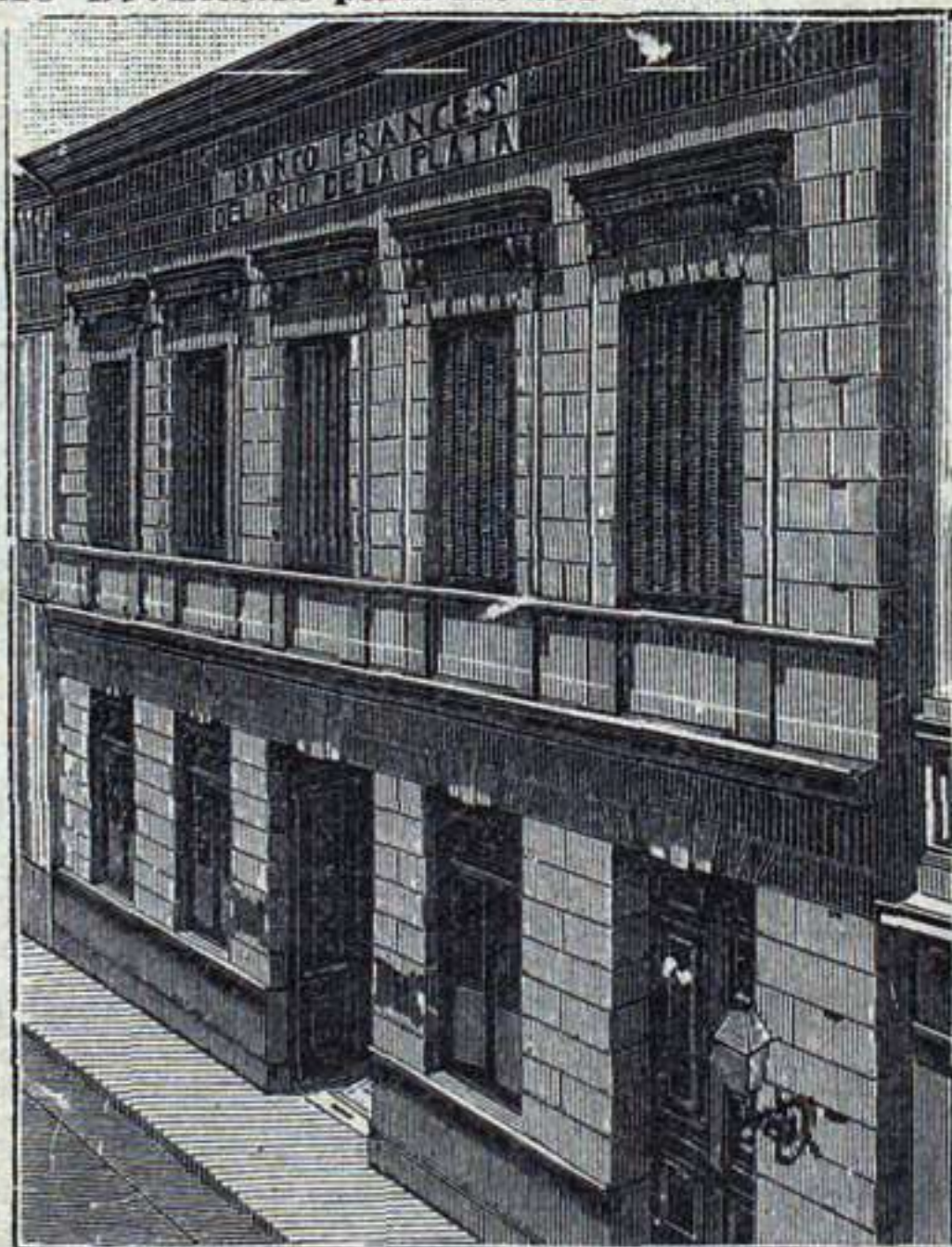
SE ABONA

	Papel	Oro
Por depósitos en cuenta corriente a la vista.....	1 %	1 %
Depósitos a plazo fijo de 30 días.....	3	1 1/2 %
Depósitos a plazo fijo de 60 días.....	4	2 %
Depósitos a plazo fijo de 90 días.....	5	3 %
Depósitos a plazo fijo a 180 días.....	convencional	

Depósitos a premio «Caja Ahorros» desde 20 ps. a 10.000 después de 60 días..... 5 %

SE COBRA

En cuenta corriente..... 10 % 10 %
G. LERICHE,
Gerente



RECONQUISTA 157 — Buenos Aires
Union Telefónica 290.
Carrera IVa 414.

The Pacific Steam Navigation Company

LÍNEA QUINCENAL DE VAPORES
ENTRE LIVERPOOL, RÍO DE LA PLATA Y VALPARAÍSO

SALIDAS DE MONTEVIDEO
SUJETO A MODIFICACIÓN

PARA EUROPA

ORELLANA... 27 de FEBRERO
Capitán: G. E. P. COOK
Para Río Janeiro, Bahía, Pernambuco, San Vicente Lisboa, Coruña, La Pallice y Liverpool

OROPESA (a 2 hélices) 13 MARZO
Capitán: J. RICHARD
Para Río Janeiro, San Vicente, Lisboa, Vigo, La Pallice y Liverpool

Los vapores ORELLANA y ORCANA no llevan pasajeros de 2ª clase.
Estos vapores están iluminados con luz eléctrica y tienen todas las comodidades más modernas para el confort de los pasajeros.
A bordo de todos los vapores se sirve vino de mesa gratis a los pasajeros en todas las clases.
Por más informes ocurrirse a los agentes.

Wilson, Sons & Co. Limited

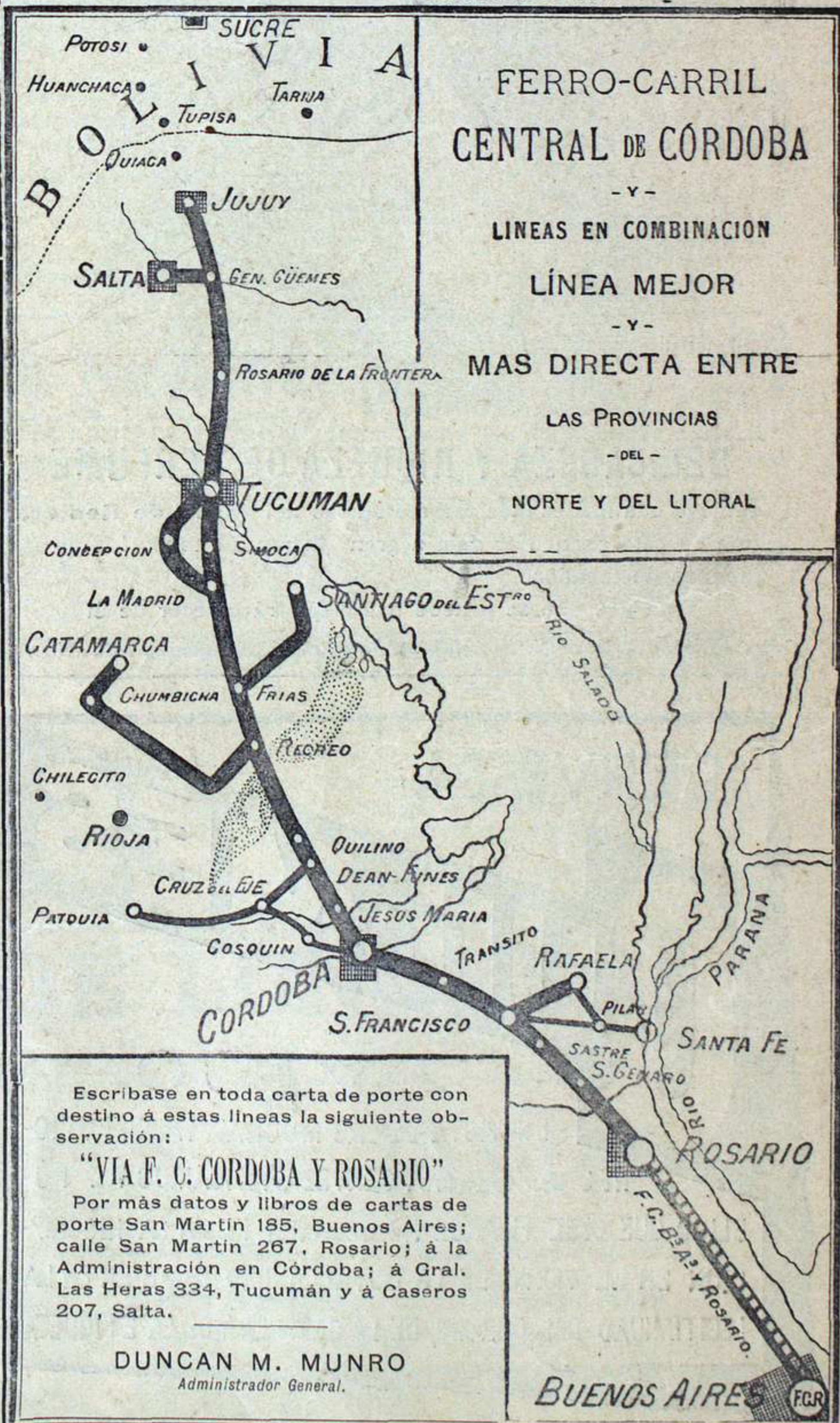
AGENTES EN

MONTEVIDEO: 25 de Mayo, 214 | BUENOS AIRES: Reconquista, 365
RIO DE JANEIRO, BAHIA, PERNAMBUCO Y SAN VICENTE

PARA EL PACÍFICO

ORCANA... 7 de MARZO
Capitán: F. E. KITE
Para Punta Arenas, Coronel, Talcahuano y Valparaíso.

ORISSA... 20 de MARZO
Capitán: A. HAMILTON
Para Punta Arenas, Coronel, Talcahuano y Valparaíso



FERRO-CARRIL CENTRAL DE CÓRDOBA

LÍNEAS EN COMBINACION

LÍNEA MEJOR

MAS DIRECTA ENTRE

LAS PROVINCIAS

NORTE Y DEL LITORAL

Escribase en toda carta de porte con destino a estas líneas la siguiente observación:

"VIA F. C. CORDOBA Y ROSARIO"

Por más datos y libros de cartas de porte San Martín 185, Buenos Aires; calle San Martín 267, Rosario; a la Administración en Córdoba; a Gral. Las Heras 334, Tucumán y a Caseros 207, Salta.

DUNCAN M. MUNRO
Administrador General.

BUENOS AIRES